

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 18 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICÁ

## SUMARIO

La Delegación Salvadoreña en la VI Conferencia Panamericana.....	José Gustavo Guerrero	Qué hora es...?	
Música.....	Rubén Coto	Los Derechos del Niño.....	Gabriela Mistral
Bulmaro la Brea.....	Alfonso Fabila	Como ejemplos.....	Luis Bello
Página lírica.....	Rafael Alberto Arrieta	Noticia de libros y revistas.....	Varios
Meditaciones breves.....	Amanda Labarca H.	El hermano ausente.....	María Alicia Domínguez
María Ester Amador.....	Varios	Tablero	
Rafael Alberto Arrieta y su libro <i>Estlo Serrano</i>	Varios	La Edad de Oro	
		Días de ocio en el país del Yann (y 4).....	Lord Dunsany

Discurso de salutación del señor Rector de la Universidad Nacional de San Salvador, Doctor don Emeterio Oscar Salazar.—Señor Presidente de la República: Señoras, Señores: Entre los graves problemas de importancia capital para el futuro de América, se destaca como principalísimo el de aunar los esfuerzos de todos los países de nuestro Continente para evitar que en él se produzcan las luchas retardatorias y mortíferas que han asolado grandes regiones y llevado a la muerte generaciones enteras.

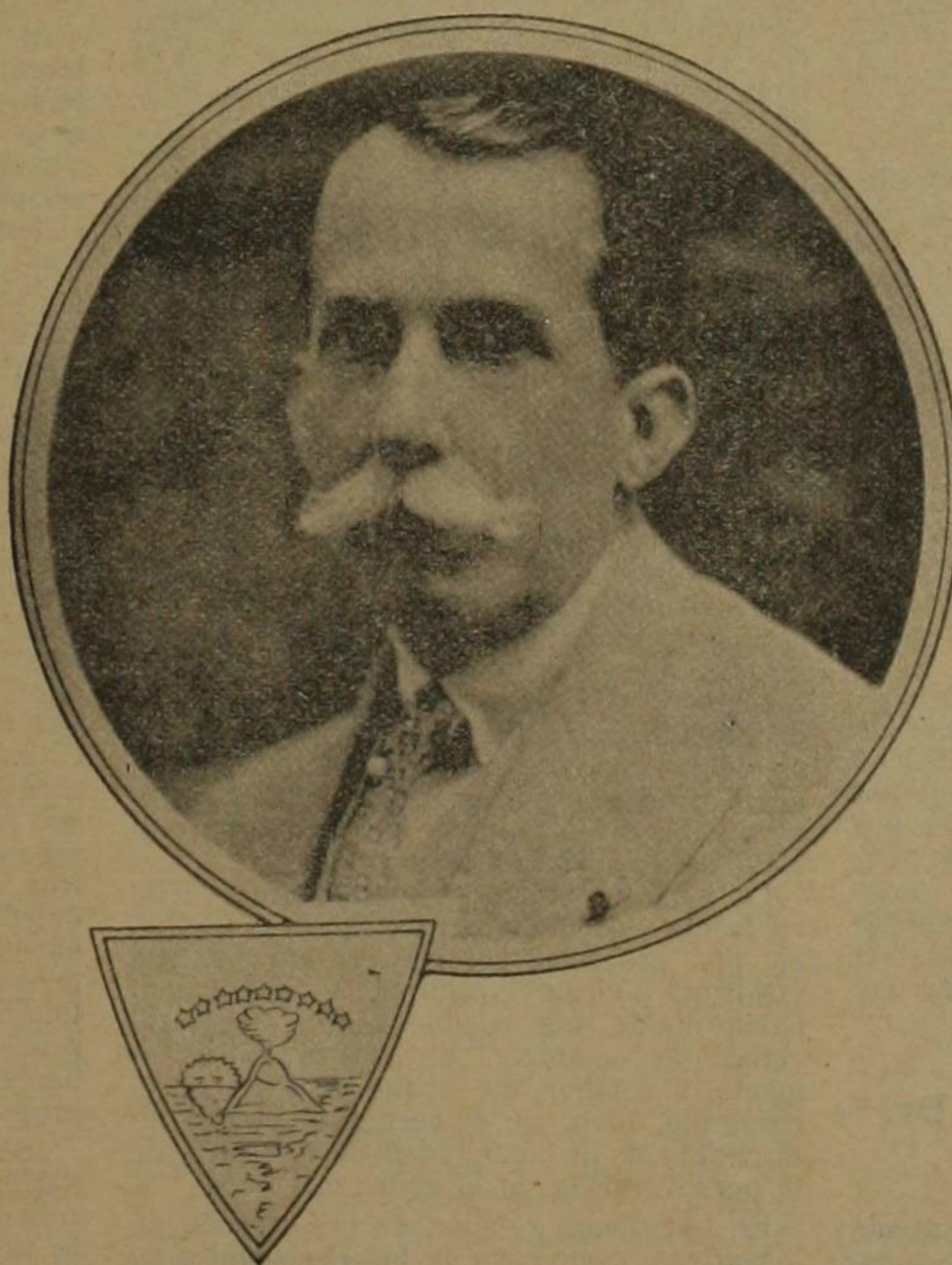
Para su solución podemos descansar en una base firme: en América no existen las tradicionales dificultades europeas, que han arrancado casi siempre de la diferencia de razas y de religión, del exceso de población en lugares explotados durante siglos y de los principios políticos admitidos desde los primeros tiempos; principios que comenzaron a troncharse con la revolución inglesa que estableció un nuevo Derecho, ampliado y generalizado cuando la independencia de América y el afianzamiento de la República en Francia.

A pesar de las diferencias que naturalmente existen entre pueblo y pueblo, los de América, en general, tienen un parentesco muy cercano, tanto en Historia como en ideales, que hace de ellos una gran familia; cuyos miembros han estado separados por falta de comunicaciones frecuentes y que han llegado a desconocerse y atribuirse carácter que no tienen.

Con el correr de los años estas diferencias pueden acrecentarse y las nuevas y más frecuentes inmigraciones de otros Continentes, si no existe asimilación a las costumbres y aspiraciones americanas, pueden dar ocasión a que se produzcan en nuestro suelo las luchas y las viejas dificultades de Europa: luchas fratricidas, guerras de conquista, grandes guerras de destrucción. Para evitarlo, es preciso hacer práctico y estable el principio de solidaridad continental.

Remoción de las causas que pueden dar nacimiento a conflictos locales; compenetración de ideales políticos y morales; intercambio intensivo de elementos dirigentes y

## La Delegación Salvadoreña en la VI Conferencia Panamericana



Dr. José Gustavo Guerrero

universitarios; conocimiento mutuo de las distintas clases sociales de América; intensificación de comunicaciones materiales; producción y distribución armónica de la riqueza agrícola e industrial para facilitar su consumo con el establecimiento de grandes sectores comerciales; mayores facilidades para las operaciones financieras y comerciales y muchas medidas más, son medios que fuertemente tenderían a establecer una cohesión de intereses y una nivelación de

sentimientos morales que, paulatinamente, irían alejando indefinidamente del horizonte político de nuestra América, el terrorífico fantasma de la Guerra.

Medios como estos han sido estudiados por los estadistas y aconsejados por muchos; pero antes de llegar a su plena realización, para que sea eficaz, debe atacarse de frente el gran peligro actual: el error en que con frecuencia se incurre cuando un país quiere tratar con otro país que considera inferior, aplicando para juzgarle una regla que no le corresponde. Informaciones incompletas, intereses momentáneos, el influjo pernicioso de los malos elementos que en todo país existen, espejismos políticos y otros importantes motivos verdaderamente falaces y nocivos, pueden oscurecer de momento el criterio de los políticos y hombres de gobierno y producir fricciones internacionales que ahondan cada vez más los resentimientos mutuos y dan pábulo a intensas desconfianzas.

Para aminorar en lo posible el efecto de estos errores, es indispensable remover de la práctica interamericana todos aquellos viejos sistemas que predominaron en las relaciones recíprocas de los países europeos; y uno de los más fecundos en desastres ha sido y es el de las intervenciones de un país, con cualquier pretexto, en los asuntos de otro. Explicable en Europa tal vez, ninguna justificación plausible tiene ahora en América, donde los problemas locales no logran afectar intereses extranjeros lealmente considerados y donde existe un interés común, moral y económico, no viciado por el sentimiento de círculos cerrados a que dieron margen el feudalismo y la profunda diferencia de razas y religiones en Europa.

Es contra esta práctica tan peligrosa: las intervenciones internacionales en América, que alzó su voz, claramente, serenamente, sin vacilación y con pleno conocimiento de los verdaderos intereses del Nuevo Continente, el ilustre estadista Dr. don José Gustavo Guerrero.

Con su actitud al afirmar de una manera categórica la necesidad para América, de

acoger como principio fundamental de sus relaciones mutuas el de «no intervención», el Dr. Guerrero dió ocasión para que en todo el Continente se pusieran a plena luz los sentimientos, las aspiraciones de los americanos todos, en todas las latitudes. Esta persistente exteriorización del deseo panamericano de consagrar el principio del respeto internacional a la soberanía y dignidad nacionales, es prueba manifiesta de que en América no existen los motivos que en otras épocas llevaron las huestes armadas de un país a destruir o ser destruidas en otro.

El Dr. Guerrero ha despertado el interés público para el estudio concienzudo de la política pan-americana que realmente debe llevarse a la práctica, e impidió oportunamente que fuera consagrado como jurídico en el VI Congreso Pan-Americano reunido en La Habana, el principio de las intervenciones.

Esto ha hecho que nuestra Universidad—que ya el año precedente había acordado celebrar en honor del ilustre internacionalista Dr. Guerrero un acto académico por los triunfos obtenidos por él en el Areópago de Ginebra haciendo obra de prestigio para El Salvador—ha querido significarle en esta ocasión el sentimiento que la anima: sentimiento de profunda simpatía y de entusiasta admiración, pues él está identificado con los ideales políticos de mutuo respeto que nuestra Institución patrocina y porque ha sabido defenderlos brillantemente, con fino tacto y raro acierto en el Congreso Panamericano de La Habana.

#### Doctor Guerrero:

Como amigo sincero vuestro y como salvadoreño, me siento altamente complacido de ser portavoz ahora, del saludo que Os hace la Universidad de El Salvador, la que me ha encargado manifestaros que Os considera como uno de sus más altos exponentes y que Ella se llena de alegría y se honra con vuestro triunfo, porque habéis enaltecido la Patria conduciendo al avenimiento de una política conciliatoria y de elevados ideales en nuestra América; esta América que está llamada a ser en no lejana época, el centro de una nueva cultura, humana, racional, cuando desaparezcan los equívocos internacionales que transitoriamente ensombrecen el cielo del Nuevo Continente.

Y también en nombre de la Universidad, Os hago presente su gratitud porque Os habéis dignado acceder a sus íntimos deseos de otros hablar en este recinto, donde en honor vuestro se celebra esta reunión pública acordada por Ella y donde se encuentran reunidos para festejaros y oír los más prestigiosos elementos del pueblo salvadoreño, que viene aquí a tributar el más justo homenaje a quien trabaja porque la justicia impere.

#### Conferencia dictada por el Dr. José Gustavo Guerrero

Señor Rector: Señoras: Señores: Que mis primeras frases en esta aula magna de nuestro principal centro de cultura intelectual, sean para expresar el más vivo reconocimiento a su honorable y prestigiado Rector y al docto profesorado universitario, por el insigne honor que me han hecho, ofreciéndome este augusto recinto para relatar la actuación de la Delegación Salvadoreña en la VI Conferencia de las Repúblicas de América. Honor por demás indeclinable, porque al mismo tiempo que entraña un llamamiento al deber que todo ciudadano tiene de dar cuenta de sus actos a la opinión pública, cuando el mandato confiado es de aquellos que pueden dar lugar a responsabilidades históricas de índole nacional, me proporciona la ocasión de rendir tributo de admiración y gratitud

a este santuario de la ciencia y del patriotismo.

\* \*

La Conferencia que ha pocos días clausuró sus trabajos en La Habana, ha sido la sexta que las Repúblicas Americanas han celebrado desde aquella época feliz en que el Secretario de Estado de la gran República del Norte, señor James G. Blaine, tomó la iniciativa de invitar en 1881 a los Gobiernos de América a una Conferencia, que por circunstancias especiales, no pudo reunirse sino hasta en 1889.

Blaine tuvo sus precursores en la idea altamente humanitaria de promover en el hemisferio Americano una saludable corriente espiritual de fraternal unión y de solidaridad internacional. El noble norteamericano Henry Clay y el gran Libertador Bolívar fueron de los primeros, que con amplia visión, y adelantándose a su siglo, sembraron las primeras simientes cuyos frutos no han podido sazorar todavía, no obstante la fertilidad de una tierra, natural y providencialmente preparada para convertir a «los vecinos en hermanos».

Desde aquella fecha se han sucedido las reuniones de Conferencias Internacionales americanas en Washington, México, Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago de Chile. Todas ellas han propendido al mejoramiento de las relaciones entre los Estados del Nuevo Mundo, mediante la adopción de Convenciones y Resoluciones que habrían sido de alguna utilidad, si el ideal que el panamericanismo encarna no hubiera recibido tantos y tan rudos golpes.

Fue en la Sexta Conferencia de La Habana, en donde por la primera vez estuvieron representadas las veintiuna Repúblicas americanas. A ella corresponde la gloria de haber discutido las iniciativas mejor encaminadas para crear una atmósfera de confianza entre los pueblos y de haber roto el bloque de hielo que detenía los justos impulsos de la conciencia colectiva, largo tiempo suplantados por formulismos diplomáticos poco adecuados para realizar obra constructiva.

No os referiré todas los trabajos de la VI Conferencia, ya que ella deberá ser objeto del informe oficial que muy en breve será presentado por la Delegación Salvadoreña. Me concretaré únicamente a la actuación de la Delegación que tuve el honor de presidir, para que vosotros juzguéis su conducta con ese sano y recto criterio, ajeno a influencias exteriores o a las conveniencias de la política, que es norma elevada de esta Casa Universitaria.

Os haré un relato rigurosamente exacto, en la observación y en los hechos, basado en los procesos verbales auténticos que vosotros podréis consultar, y esquivando hasta donde sea posible todo comentario capaz de enaltecer, directa o indirectamente, una labor que si fue modesta en el resultado, tuvo, sin embargo, el mérito indiscutible de la continuidad de la idea y de la perseverancia en el esfuerzo.

En la primera reunión de la Comisión de Iniciativas, compuesta de los Presidentes de Delegaciones, se presentó una cuestión reglamentaria de trascendental importancia: la de decidir si las sesiones de las Conferencias y Comisiones debían ser públicas o secretas. La Delegación de El Salvador fue la primera, que, por mi medio, opinó y propuso que unas y otras debían ser abiertas a la opinión pública, en virtud del derecho que ella tiene de fiscalizar la conducta de sus mandatarios.

No de otra manera podía proceder quien en tantas ocasiones se había pronunciado contra la vieja diplomacia secreta, de aquella que a puertas cerradas decidía de la suerte de los pueblos, aún para llevarlos a la ruina y a la muerte.

La proposición de la Delegación Salvadoreña, oportunamente secundada por las de la Argentina y de Colombia, obtuvo el voto unánime de la Comisión de Iniciativas, y al día siguiente, a solicitud igualmente de nuestra Delegación, esa resolución fue ratificada por la Conferencia en su primera sesión plenaria.

Tal decisión, aparentemente secundaria y a la cual la prensa mundial dió poca importancia, fue sin embargo la base fundamental del éxito moral de la VI Conferencia Panamericana, ya que sin ella habrían quedado ignorados los trascendentales debates a que dieron ocasión más tarde, algunas de las cuestiones que se pretendían sustraer del conocimiento público, defraudando así los anhelos de la conciencia continental.

Por iniciativa de la Delegación Salvadoreña se distribuyeron las materias contenidas en el programa de la Conferencia, en ocho comisiones generales. Correspondió, al que tiene el honor de dirigirlas la palabra, formar parte de la Comisiones de Iniciativas, de la Unión Panamericana, y de Derecho Internacional Público; al Doctor don Héctor David Castro de las Comisiones de Derecho Internacional Privado, de Derecho Internacional Público, de Cooperación Intelectual y Problemas Sociales; y al Doctor don Eduardo Alvarez las Comisiones de Problemas de Comunicaciones, Problemas Económicos y de Informes sobre Tratados, Convenciones y Resoluciones.

Al organizarse la Comisión de Derecho Internacional Público, a la cual estaban confiados lo más graves problemas sometidos a la VI Conferencia, a El Salvador le fue tributado un honroso homenaje de simpatía, aclamando al Jefe de su Delegación, Presidente de la Comisión.

La iniciativa partió del doctor Don Orestes Ferrara, ilustrado Embajador de Cuba en Washington, y la secundó el Señor don Charles Evans Hughes, Jefe de la Delegación Norteamericana y político eminente. Al tomar posesión del delicado cargo que se me confiaba, significué mis agradecimientos en nombre de El Salvador, y aproveché esa ocasión para hacer declaraciones pertinentes sobre la existencia del Derecho Internacional Americano, preconizado desde hace algún tiempo por algunos juristas de la América, so pretexto de que existen en nuestro hemisferio peculiaridades jurídicas que le son propias. En efecto, Señores, nada es más peligroso como la admisión con el carácter de disciplina jurídica especial de ese Derecho Internacional Continental, tan ingenuamente defendido por algunos de nuestros juristas latinoamericanos, que se han dejado sorprender por una de tantas ideas nacidas en el Norte de la América. Contra la estructura lógica y científica del Derecho Internacional, único e indivisible, se pretende proclamar la existencia de derechos y deberes especiales basados en peculiaridades propias a nuestro continente.

¿Sabéis cuáles son esas supuestas peculiaridades? La doctrina de Monroe, generosa en su origen; pero que a diario sufre la influencia de cualquiera tendencia política unilateral; los tratados celebrados en condiciones que vician el libre consentimiento de las partes interesadas, y las situaciones creadas a raíz de dolorosos acontecimientos.

\* \* \*

En la primera Comisión, encargada de la Reorganización de la Unión Panamericana, la Delegación Salvadoreña tomó parte activa y laboriosa en el curso de los largos debates.

Es a ella a quien se debe que esa reorganización haya sido realizada por medio de Convención precedida de un preámbulo. En su segunda sesión nuestra Delegación

pidió, por mi medio, que se consignaran las declaraciones siguientes.

«Primero: Las Repúblicas del Continente Americano reconocen que la Unión Panamericana descansa en dos postulados inmovibles: el reconocimiento de la autonomía e independencia recíproca de todos los Estados de América y su perfecta igualdad jurídica.

»Segundo: El Panamericanismo consiste en la Unión Moral de las Repúblicas de América, descansando esa unión sobre la base del más recíproco respeto y del derecho adquirido a su completa independencia».

Esa proposición fue calurosamente apoyada por varias Delegaciones, entre las cuales cabe citar la de México, que consideró que ese preámbulo contenía declaraciones fundamentales o sustanciales muy en armonía con el sentir de México, y la de la República Dominicana, que las calificó de «Evangelio del Panamericanismo.»

Con la habitual franqueza de que dimos muestra en toda circunstancia, expuse en apoyo de esa proposición «que era llegada la hora de dar nuevas orientaciones a la Unión Panamericana, creando al rededor de ella una atmósfera de optimismo, que realmente no existía, rindiéndonos a la evidencia de que la labor de las Conferencias Panamericanas era poco eficaz porque los Gobiernos que participaban en ellas no se encontraban respaldados por la confianza de sus pueblos». Agregué que el reconocimiento solemne de los cánones propuestos por la Delegación de El Salvador, para su inserción en el frontispicio de lo que debía ser la Carta Constitutiva de la Unión Panamericana, tendía a ese fin, al mismo tiempo que al propósito de dar a la institución de Washington una organización más en armonía con nuestros comunes principios democráticos.

Entonces se quiso esquivar la adopción de esas declaraciones haciendo sugerencias en el sentido de que la reorganización de la Unión Panamericana fuese hecha por una simple resolución, en la cual no podían tener cabida ese preámbulo ni otras declaraciones similares.

Los que en ese sentido trabajaron no lograron vencer la corriente de oposición de los otros, y, finalmente, se decidió que la Organización de la Unión Panamericana debía hacerse por medio de una Convención.

En el Sub-Comité encargado del estudio de la proposición salvadoreña, en el cual tomé parte, se presentaron varios proyectos de preámbulo. Se convino refundirlos en uno solo y adoptar definitivamente el siguiente:

«Las Repúblicas Americanas, cuya unión moral descansa en la igualdad jurídica de las Repúblicas del Continente y en el respeto mutuo de los derechos inherentes a su completa independencia, queriendo proveer eficazmente a la conciliación creciente de sus intereses económicos y a la coordinación de sus actividades de carácter social e intelectual, y reconociendo que las relaciones entre los pueblos están reguladas tanto por el derecho como por sus legítimos intereses individuales y colectivos:

»Acuerdan: continuar realizando su acción conjunta de cooperación y de solidaridad por medio de las reuniones periódicas de las Conferencias Internacionales Americanas, así como por medio también de los órganos establecidos en virtud de acuerdos internacionales y mediante la Unión Panamericana que tiene su sede en Washington, cuya organización y funciones serán regidas por la presente Convención».

En la misma Comisión, la Delegación Salvadoreña, por medio de su Presidente, prestó su concurso activo a todas las iniciativas emanadas de las otras Delegaciones, y muy particularmente de la de México, encaminadas a democratizar la Unión Pan-

americana. Entre otras modificaciones introducidas en la estructura de esa institución, se encuentra una que había dado lugar a largos e infructuosos debates durante las sesiones de la V Conferencia de Santiago de Chile. Consiste en dejar a los Gobiernos la libre elección de sus representantes en el Consejo Directivo de la Unión Panamericana, en vez de obligarlos a confiar su representación a sus agentes diplomáticos acreditados en Washington. Salta a la vista las ventajas de la acción facultativa de los Gobiernos. Por esa misma modificación, el Secretario de Estado de Washington dejaba de ser el representante necesario y obligatorio del Gobierno de los Estados Unidos de América.

Hubo otra feliz innovación debida a la Delegación Salvadoreña, representada en esa Comisión por el que os dirige la palabra. El proyecto de reorganización de la Unión Panamericana no establecía ningún vínculo de subordinación de esa Institución respecto a las Conferencias de las Repúblicas Americanas. Ese estado de cosas daba a la oficina de Washington una autonomía completa, que ponía su obra, buena o mala, al abrigo de toda vigilancia y fiscalización. Para evitar ese inconveniente, que, en más de una ocasión puede revestir cierta gravedad, nuestra Delegación propuso, por mi medio, la adición siguiente:

«El Director General presentará a la consideración de cada Conferencia de las Repúblicas Americanas un informe detallado de la obra realizada por la Unión Panamericana durante el período precedente a la reunión de la Conferencia.»

Esa cláusula incorporada en la actual Convención, impone un deber cuyo cumplimiento dará a las futuras Conferencias la ocasión de examinar, discutir, criticar, aprobar o reprobar la actuación de la Oficina de Washington, que antes no rendía cuenta de su cometido a la opinión pública de los Estados miembros de la Unión Panamericana.

En abierta oposición con el criterio de las Delegaciones que pretendían dar a la Unión Panamericana atribuciones de carácter político, nuestra Delegación propuso, por el contrario, que se le prohibiera en términos precisos el ejercicio de tales funciones. Los debates a ese respecto dieron plena justificación a los argumentos sustentados por nosotros, y el voto final fué unánime en favor de la proposición Salvadoreña, semejante a la que había sido igualmente introducida por la Delegación de México.

Dar a ese organismo esfera limitada de acción; alejarlo en absoluto de las actividades políticas, y rodear a sus miembros de una posible independencia, tal fue el pensamiento de la Delegación de El Salvador, coherente siempre en el sentido de mantener los ideales de cooperación a base de recíproco respeto y de perfecta igualdad.

Otra iniciativa de nuestra Delegación, de resonancia mundial, y cuyo alcance político no podrá escapar a quienes de buena fé se preocupan por eliminar los obstáculos que se oponen a la realización de los anhelos panamericanos, fue concebida en los términos siguientes:

«CREAR un órgano permanente de las Repúblicas de América, independiente del Consejo Directivo de la Unión Panamericana, que constituya un Tribunal de Conciliación y Mediación y que tendrá por finalidades principales, velar por el mantenimiento de la paz y el orden en América y desarrollar los intereses políticos y morales entre los Estados, a base de cooperación, mutuo respeto y asistencia recíproca.

»Este Tribunal será integrado por cinco Estados miembros de la Unión Panamericana, elegidos por las Conferencias Internacionales Americanas en cada una de sus reuniones periódicas.

»Las decisiones y recomendaciones de ese

Tribunal tendrán carácter obligatorio ni definitivo; pero sí serán consideradas como el reflejo de la conciencia de América.

»Su estatuto será elaborado por la Sexta Conferencia actualmente reunida en la Habana».

Esa proposición encerraba una doble finalidad patriótica: la de señalar la ruta que deben seguir nuestros pueblos para dirimir pacíficamente sus diferencias, sin recurrir a la fuerza ni avivar enconos, y la de evitar que sea solamente un país el que se convierta en árbitro exclusivo de las controversias o diferencias que surjan entre los otros Estados del Continente.

Esa proposición pasó de la Comisión de la Unión Panamericana a la de Derecho Internacional Público para su estudio, en armonía con el problema de Arbitraje. El dictamen emitido sobre esa proposición fue, en el fondo, favorable; pero la premura del tiempo obligó a la Conferencia a decidir que el problema general del Arbitraje, Conciliación y Mediación, fuese sometido a una Conferencia de juristas de las Repúblicas Americanas, que deberá reunirse en Washington a más tardar dentro de un año.

La Delegación de El Salvador secundó, en diferentes ocasiones, felices iniciativas provenientes de la honorable Delegación Norteamericana, y otras veces le prestó el activo concurso de su palabra y de su voto contra proposiciones de otras delegaciones latinoamericanas. Eso comprueba, de manera elocuente, que la actitud de nuestra Delegación no fué en ningún momento sistemáticamente hostil a esa Delegación, con la cual, por el contrario, mantuvo siempre relaciones de perfecta cordialidad.

Nuestra obra en la Habana no pretendió edificar sobre el estéril odio, sino sobre el campo fecundo del recíproco afecto y respeto.

Jamás un interés mezquino, que no cabe dentro del amplio espíritu de confraternidad universal, pudo mover mis labios; pero tampoco el miedo o la ambición impusieron silencio a mis convicciones.

*Comisión de Derecho Internacional Privado.*—Correspondió a esa Comisión estudiar el importante proyecto, pacientemente elaborado por el sabio jurisconsulto cubano doctor don Antonio Sánchez de Bustamante, Presidente de la VI Conferencia.

Para respetar esa prodigiosa obra jurídica que es timbre y gloria de nuestra América, y que se presentaba con la autoridad de una firma mundialmente conocida, y con la aprobación de la Comisión de Jurisconsultos de Río de Janeiro, fue decidida su adopción global, sujeta a reservas que cada Delegación podía presentar.

La Delegación de El Salvador, por medio del doctor don Héctor David Castro, hizo veintitres reservas, inspiradas en fundamentos básicos y definidos por las orientaciones de la legislación Salvadoreña.

La Comisión encargada del estudio general de las reservas, a la cual perteneció el doctor Castro, aceptó introducir en el proyecto del Código de Derecho Internacional Privado, veinte modificaciones equivalentes a igual número de reservas salvadoreñas; quedando, en consecuencia, en vigor, únicamente tres reservas por parte de El Salvador, aplicables, la primera, especialmente, a los artículos 44, 146, 232 y 233 del Código de Derecho Internacional Privado; la segunda, al artículo 187 párrafo final, y la tercera, especialmente aplicable a los artículos 327, 328 y 329 del mismo Código.

*Comisión de problemas de Comunicación.*—En esta Comisión desarrolló sus actividades nuestro compañero de Delegación el Doctor Alvarez, presentando, entre otras mociones, la de consignar en la Convención sobre Aviación Comercial una cláusula que

dejara a los Estados Americanos la facultad de celebrar acuerdos, sobre la misma materia, con otros Estados no americanos. El ponente general y el Presidente de la Comisión dieron a la Delegación Salvadoreña las seguridades más amplias para tranquilizar sus inquietudes.

Éxito también completo fue obtenido en la proposición que hizo el Doctor Alvarez para que se hiciera extensiva a Centroamérica la excitativa que encerraba la Convención sobre Carreteras, celebrada en Buenos Aires en 1925, para que los Estados suramericanos que poseen líneas de navegación las prolonguen a los puertos de Colombia, Haití, Santo Domingo y Cuba.

**Comisión de Problemas Económicos.**—Una proposición de *Moneda Común Panamericana*, presentada por el mismo doctor Alvarez, tuvo los honores de la aprobación unánime de la Conferencia. La Unión Panamericana quedará así encargada de reunir todos los estudios relativos a ese importante problema económico.

Nuestra Delegación introdujo también, por medio del doctor Alvarez, una iniciativa muy en consonancia con el ideal panamericano, encaminada a remover entre los Estados del Continente toda traba y restricción a la emigración e inmigración.

Esa proposición dió lugar a interesantes debates que quedaron cerrados con la adopción de una resolución de aplazamiento a la VI Conferencia Panamericana.

La próxima Conferencia Pedagógica Panamericana deberá su reunión a la Delegación Salvadoreña. Por iniciativa del mismo doctor Alvarez fué decidido que se convocaría con participación de representantes de las Escuelas Normales y Superiores primarias, nombrados por los Gobiernos.

Los doctores Alvarez y Castro intervinieron, además, muy oportunamente, en los célebres debates relativos al principio de la no-intervención, dejando así constancia de que en la Delegación de El Salvador no podía existir a ese respecto la menor discrepancia posible.

**Comisión de Derecho Internacional Público.**—La prensa de más de un país dijo, refiriéndose a esta Comisión, de la cual tuve a honra ser Presidente, que en ella se encontraban los ases de los internacionistas que integraban las Delegaciones de las Repúblicas de América. Para no citar a todos, ya que todos merecían respeto, mencionaré únicamente a los señores Hughes, Brown Scott, Fletcher y Underwood, por los Estados Unidos del Norte; González Roa y Elorduy por México; Raúl Fernández por el Brasil; Alejandro Alvarez por Chile; Pueyrredón por Argentina; Ferrara por Cuba; Salazar por Guatemala, y Maúrtua por el Perú.

Era ahí, en el seno de esa Comisión, en donde debían producirse los debates trascendentales de la VI Conferencia y resolverse las cuestiones de más vital importancia para el porvenir de nuestros pueblos.

Justo era que la expectativa mundial se concentrara con inquietante atención en ese grupo de hombres sobre quienes caían tan delicadas y graves responsabilidades.

La primera cuestión debatida era materia de un proyecto de Convención Típica sobre Policía de Fronteras, cuyo estudio se confió al Presidente de la Delegación Argentina, señor Pueyrredón.

Ese proyecto contemplaba la autorización a la Policía de cada Estado contratante para cruzar la frontera común en persecución de criminales, con facultad de darles alcance.

La Delegación de El Salvador, no obstante de considerar que el fenómeno de la delincuencia hiere el sentimiento ético de la comunidad jurídica, decidió oponerse a esa obligación contractual, ya que podría

prestarse frecuentemente a serios razonamientos entre las autoridades de los países vecinos y llegar a comprometer la buena armonía de sus relaciones. En las oportunas intervenciones del doctor Castro fue puesto en evidencia que la norma contemplada en el proyecto que se debatía, no podía aceptarse como principio de Derecho Internacional Público; cuando, por el contrario, la regla por él consagrada, es que la frontera internacional constituye el límite de las autoridades de cada Estado.

La tesis salvadoreña prevaleció; y el proyecto Argentino fue sustituido por una recomendación que se haría a los Gobiernos para que celebren convenios bilaterales en la forma que mejor se amolde a sus propios intereses.

Más tarde, se suscitaron otros debates interesantes sobre el proyecto de Convención relativo a Tratados, elaborado por el ponente doctor Ferrara, Delegado de Cuba.

El Artículo XIII contenía la disposición siguiente:

«La ejecución del Tratado, puede, por cláusula expresa o en virtud de convenio especial, ser puesta, en todo o en parte, bajo la garantía de uno o más Estados.

»El Estado garante no podrá intervenir en la ejecución del Tratado, sino en virtud

de requerimiento de una de las partes interesadas y cuando se realicen las condiciones bajo las cuales fué estipulada la intervención, y al intervenir, sólo le será lícito emplear medios autorizados por el Derecho Internacional y sin otras exigencias de mayor alcance que las del mismo Estado garantido».

Nuestra Delegación combatió enérgicamente esa cláusula, por medio del doctor Castro. Consecuente con sus principios netamente definidos contra todo lo que directa o indirectamente pueda justificar las intervenciones, la Delegación de El Salvador no podía dar su asentimiento a conclusiones que estaban, además, en pugna con el intento generoso de consagrar la solución pacífica de los conflictos internacionales como regla absoluta de conducta invariable entre las Repúblicas Americanas.

Nuestro esfuerzo fracasó, porque sólo fue secundado por los votos de México y de Bolivia. La oposición de nuestra Delegación perseveró hasta la última instancia de la tramitación establecida para la adopción final de las resoluciones de la Conferencia, ya que en su sesión plenaria del 18 de febrero, El Salvador rehusó nuevamente su voto a la Convención sobre Tratados.

José Gustavo Guerrero

(Concluirá en la entrega próxima)

## Polvo del camino

### Música

VIERAIS a Marcial Díaz este domingo rasgueando su guitarra a la par de *Perica*, el renco que toca acordeón, los dos sentados en una banca baja, protegidos por el cobertizo lateral de la ermita de San Francisco. El guitarrista encorvado sobre su instrumento, recogida la pierna izquierda, estirada la otra a todo largo, los dedos del pie muy abiertos. Ahora han atacado una danza ruidosa, y no obstante la mucha fusa, Marcial Díaz aún se atreve con los recobecos difíciles a cada paso, por puro adorno; es que los dedos de la mano, ya calientes, no hay modo de que se sosieguen. La guitarra no será de las nuevas, ha tenido muchos dueños, pero qué manera y qué tonos: «se puede echar con cualesquiera otra; se ve que era de conciencia el que la hizo: cedro, son las más entonadas».

Entro en plática amistosa con el guitarrista: Perdió un ojo a causa de un ruma; el ojo está ai bueno, lo único es que no puede ver de ese lao; pero no le dificulta pa nada, nada le impide: toca, trabaja y parranda si se quiere, como otro cualquiera, y a veces ni se acuerda. A cosa de tonadas también se las da; se gana sus camaroncitos de noche cuando le hablan para serenatas; prefiere los días sábados, con eso no amanece gafo para trabajar al día siguiente. No hay cosa peor que tener que volar pala sin haber dormido y con tragos. A algunos les gusta la voz que tiene; pero no es pa tanto, consiste en la bondad de las personas y en el cariño; puede también mucho la calidad de la guitarra, la madera, el cuidado que se le dé y va también en el pulso que se tenga; una guitarra sin cuidado, de viaje se rebaja. La suya se le quiso medio joder una vez que la tuvo empeñada unos días, en *El Diluvio*; la tuvieronalzada en cualquier parte, sin reparar. Un día vino onde él un muchachito con un recaó:

—Que manda decir Lola Carpio que si le hace el favor de ir allá, pero con todo y guitarra.—Yo, la verdá, no la conozco a ella, dígame así. Se fue la criatura y al rato llegó otra vez: —Que dice Lola que ella tampoco lo conoce... —Pues estamos en la misma... —Pero que lo ha oído tocando y cantando. A la noche dijo, pa la casa de las Carpio. Les cantó algo, y de allí vino el enredo con la Lola. Ella después lo patió todo. Se la ha vuelto a encontrar después, en Sabanilla, pero él, si te vide no me acuerdo, hay que ser hombre alguna vez; y después de todo, no hay caldo que no s'enfrí. Nos apartamos algunos pasos de aquel sitio invadido por tanta gente; la música sigue, ahora es una marimba guanacasteca de notas de fuego como el sol de aquella región.

El guitarrista me hace algunas confidencias en relación con su arte. Le cuesta bastante trabajo aprender las tonadas; con no saber leer, tiene que valerse de otros que se las copien y luego se las lean bien despacio para poder aprenderse la letra bien; a veces les tiene que rogar mucho y hasta pagarles. En la cárcel, a donde fue a parar una vez por motivo a un pleito al cuchillo, uno de los reos le enseñó algunas de las mejores que sabe; él le correspondió a aquel amigo en la misma forma. Fue por lo único que le gustó estar allí metido. «En lo de tocar, es naturalista, nadie lo enseñó; tenía once años cuando compró la primera guitarra, un poquito vieja, y comenzó a arriarle solito.»

Momentos antes de separarnos, Marcial Díaz manifiesta su deseo de dejarme un recordito como amigos, alguna canción copiada; me la va a dictar, yo a escribirla en unos pliegos pequeños que extendiendo cuidadosamente sobre la guitarra invertida.

—Primero una serenata de las que se echan por echarlas, a lo palomilla, se en

tiende. Ponga *Recuerdos del alma*, así se llama:

Despiértate palomita,  
palomita encantadora  
que te viene a despertar  
un joven que ti adora.  
—Por qué mi has despertado?  
Me mandáis quitar la vida?  
—En tu camita amorosa  
volvete a quedar dormida.  
Volvete pal rincón,  
dale un besito a tu almuhada  
que mi corazón lo sabe  
que pa mi lu has dao.  
No quiero que te levantes  
ni que abandones tu cama,  
sólo vengo a decirte:  
adiós negrita de mi alma.

Hora lo que se llama una despedida, pa cuando uno se va desterrao, o por buscar trabajo, largo, o que lo anden persiguiendo por algo. Puede ponerle *El forastero*:

Yo soy un forastero  
que vengo de ajeno país  
con una voz tan venturosa y triste;  
yo pasaría la vida en este mundo  
desengañado de cuanto me dijiste.  
Pues, bella Elisa, por qué mi has olvidado?  
Tené de mi compasión...  
pues no lo dudes, que tuyo soy  
hasta entregarte mi amable corazón.

Rubén Coto

San José, Costa Rica

## Bulmaro la Brea

Todo agitado y sudoroso el jinete, hizo parar el caballo frente al zaguán. Descendiendo de un salto, con la palma de la diestra extendida golpeó fuerte la puerta. Al estruendo, los perros ladraron furiosos y una voz firme de hombre dijo dentro:

—¡Quién!  
Nuevos llamados enérgicos urgieron.  
—¡Voy!—fue la respuesta, y en el pasadizo escuchóse una carrera violenta. Los canes gruñeron alarmados, yendo de un lado hacia otro. La puerta se abrió.  
—¿Eres tú, Melitón? ¡Qué pasa!  
El gañán, tartamudeando busca la palabra primera.  
—¡Qué pasa! ¡Qué!—impaciente le interrogaron por segunda vez.  
—Na 'a, el lamo...  
—¡Qué!  
—Al lamo, en Corral de Piedra...  
—¡Con un... di!  
—Han herido a don Gulmaro.  
—¡Mataron a papá!  
—No, está lastimado junto a casa don Roque, delantito el encinal grande. Los rodales...

De manos del mozo, Roberto arrebató las riendas del caballo y de un brinco estuvo arriba. Sobre el tembloroso penco y mientras se calaba el barboquejo, completamente exaltado hizo una recomendación al indio:  
—Está pendiente. No chistes a mamá.  
E impulsado como por fuerza explosiva partió el jinete en un cerrar y abrir de ojos. Pronto, caballo y hombre encumbraron la cuesta del cerro. Rato después, torcieron en el primer recodo del camino, dejando tras sí un reguero de polvo.

\*\*\*

—¡Qué herido! Lo mataron al probe los indios—objetaba un hombre de entre un grupo estacionado frente a la casa de don Bulmaro la Brea.  
—Quesque ya viene en camino el difunto—dijo otro.

Voy a morir porque lo dude el cielo,  
ya me retiro por toda la eternidá,  
pues tú te quedas gozando en este mundo,  
rogá por mí, siquiera por piedá.  
Voy a enseñarte onde está el sepulcro,  
allá en la tumba onde voy a descansar.

Si gusta, puede copiar también una de desprecio, en ésta hay que buscarle bastante sentimiento al canto; se llama *No m'importa*:

No m'importa mujer,  
no m'importa que desprecies mis finos amores  
que ya sabes que llevo ilusiones  
con una joven más bella que tú.  
No quiero que mi ames, ni amarte,  
ni que sufras por mí adoración.  
Yo te juro por siempre olvidarte  
y nu hacer de tu amor ni mención.

Cuando ya seguía mi camino, hubo momentos en los cuales no habría sabido decir si lo que llevaba en mi mano era realmente un manojo de canciones simples que a mí se me antojaban ser, en la vida de aquel amigo músico, líquenes coloreados por el sol sobre algún tronco o sobre alguna roca áspera, o si no sería más bien un haz pequeño de flores humildes recogidas a la orilla de algún camino apartado en donde brotaran para regalo de abejas de los campos y de soñadores vagabundos.

\*\*\*

Primero veinte, después cincuenta, cien, quinientos soldados enviaron a perseguirlos. Todo inútil. Los golpes audaces de la partida eran certeros y diezmaron a las tropas, sin lograr éstas siquiera verles el polvo. Inventáronse planes, urdiéronse trampas con el objeto de cazar a la fiera. En vano. El rebelde anochecía en un lugar y amanecía a veinte leguas de distancia. Conocía, igual que sus hombres, el terreno como las palmas de sus manos, burlando así las persecuciones.

Las escoltas al principio acometieron con ganas, pero no les duraron mucho. Tal era el pavor. Y pretextando disculpas, limitáronse en poco tiempo a guarnecer los pueblos, lo cual no quitó que de cuando en cuando les hicieran matanzas.

Pero un día, alguien chismió al destacamento. Los alzados visitaban sigilosamente por las noches a sus familiares, enterándose por ellos de los movimientos de las tropas.

El jefe de la guarnición no se dió por aludido de los rumores. Limitóse a echar con desdén una bravata, mas vigiló desde entonces estrechamente los hogares y especialmente el de La Brea.

No se hizo esperar éste. Vino a dar un abrazo a su querida vieja y de entre las manos se escapó, dejando hecho un veneno al oficial.

Con eso hubo. A otro día, los familiares de los alzados fueron presos.

Y cundió la alarma de que las mujeres iban a ser deportadas y los hombres fusilados, llegando la noticia a las madrigueras rebeldes.

Así lo cumplieron.

Caminaba la cuerda penosa de mujeres y varones por quebrada senda, cuando una descarga sonó a distancia. ¡Eran ellos! En el mismo sitio de donde partieron los disparos, trepado en alta peña, un hombre solitario y firme agitaba una bandera blanca hecha con una garra en señal de paz. Otra idéntica se izó del lado federal, deteniendo las tropas la marcha, y a poco, una pareja de montados de cada fuerza avanzaron respectivamente a su encuentro.

Breve conferencia: a cambio de la libertad de las mujeres y hombres pacíficos, se entregarían La Brea y los suyos.

Y tornaron al pueblo. Pero muy de mañana, fueron los rendidos quienes esta vez partieron amarrados codo contra codo, al mismo destino a que iban consignados los otros.

Al frente de los presos, Roberto La Brea, igual que potranca cerrera, marchaba braceando, el sombrero a media cabeza, erguido el busto, casi hasta alegre como todos los compañeros que seguían detrás.

Al pasar, la gente murmuraba:

—¡Chulo hombre, no debían matarlo!

Ilusos. Forjadores de héroes populares. Solamente los corridos y la guitarra recordarán llorando a esos humildes. ¡Tantos quedaron así en la revolución! ¿Y para qué?

A una legua distante del pueblo que estaba a una vista, comenzó la tragedia. La Brea el primero, terminando con el indio Melitón. De trecho en trecho en cada árbol del camino, colgaron a los cien hombres. Carbonizado el cuerpo, la lengua de fuera, saltados los ojos y despidiendo olor infecto.

El mismo La Brea se echó la reata al cuello y dijo:

—¡Hora!

Las esposas, hijas y madres, formando grupos aquí y allá, espantaban los zopilotes hambrientos sin atreverse a tocar sus cadáveres para sepultarlos.

Y rezaron. Su protesta única nació sencilla y cristiana: «¡Que Dios los perdone...!»

Alfonso Fabila

México, 1928.

# Página lírica

de Rafael Alberto Arrieta

=Del tomo *Estío Serrano. Poemas BABEL*. Buenos Aires, 1926=

## Campana

En la espadaña de la ermita  
que está de un alto cerro al pie,  
hay una sola campanita  
para servir a Dios y a usted.

Protege el hueco un magno roble  
y vibra así con el metal,  
repique alegre o triste doble,  
algo del alma vegetal.

Su voz los vientos alborota,  
es un chubasco en el pinar,  
choca en las piedras y rebota,  
desciende al valle a canturrear.

Nómade, leve, presurosa,  
de árbol en árbol vuela y por  
el arroyuelo va, espumosa,  
o abeja azul, de flor en flor.

Como barrida a pantallazos,  
o muy cansada, entra, por fin,  
desconocida, hecha pedazos,  
al pabellón de mi jardín.

¡Siempre perdido y mutilado  
llega hasta mí su errante son!  
¡Siempre deshecho y ajustado  
al ritmo de mi corazón!

## Lluvia

Fina lluvia teje  
diáfanos tapices  
minuciosamente.

No altera colores,  
no mezcla ni esfuma  
las formas inmóviles.

No canta, no gime:  
silenciosamente  
trabaja en su urdimbre.

Sin mover las hojas,  
enfila en los bordes  
traslúcidas gotas.

Su aguja no rasga  
los humos que sueñan  
sobre las cabañas.

Y todo el paisaje—  
la sierra boscosa  
y el felpado valle—

cautiva en sus hilos  
con delicadeza  
de lago dormido...

## Veleidad

En la pinada serrana  
que cruza nuestro camino,  
levanta un rumor marino  
la brisa de la mañana.

¡El mar! Repentinamente  
nos visita el corazón  
una misma evocación  
que lo torna transparente.

Nuestro recuerdo idealiza  
aquel peñasco barbado...  
aquel gigante obstinado  
que embiste y se pulveriza...

Y aquella ola triunfal  
que floreció sus despojos,  
a la altura de tus ojos,  
en un almendro nupcial...

Veleidoso pensamiento  
nos domina, y nos acusa,  
en la mirada confusa,  
recíproco fingimiento.

Pues quisiéramos volar,  
a través de la mañana,  
de la pinada serrana  
a las orillas del mar.

## Tres canciones infantiles

Para *Nelita y Helda*

### I

Trisca el cabritillo  
por el prado en flor.  
(Oigo tu cuchillo,  
sacrificador).

¡Corre, trepa, escapa,  
que llega y te atrapa!

Sueña la paloma  
sobre rama en flor.  
(Tu escopeta asoma,  
pillo cazador).

¡Parte, vuela, escapa,  
que llega y te atrapa!

Mariposa, juegas  
cercando la flor.  
(Tu malla despliegas,  
coleccionador).

¡Vuela, sube, escapa,  
que llega y te atrapa!

### II

En la noche ciega, un monstruo  
abre su ojo de colores.

—No es un ojo: es el fuego  
de los pastores.

¡Protege, noche, esa llama!  
¡No es pira de leñadores!  
¡Es hogar de fantasmas  
y soñadores!

(El viento en la noche hueca,  
agiganta los rumores).

—Viento de las serranías,  
pastor de imaginerías  
y de fulgores:  
¡cuéntame el cuento contado  
junto a la lumbre  
de los pastores!

### III

La verbena blanca  
¿dónde se hallará?  
Por cerros y valles  
la quiero buscar.

Dicen que es el alma  
de la soledad

y tiene un aroma  
de luna y de paz.

La verbena blanca  
¿dónde se hallará?  
El viento y la abeja  
tal vez lo sabrán.

Iré a los palacios  
de la soledad,  
donde nadie humilla  
la hierba estival.

Mis precipitados  
latidos dirán  
al aire sereno  
mi amoroso afán.

Y el aire aromado  
de luna y de paz,  
me abrirá las puertas  
de la soledad.

Nevada de estrellas,  
con traje nupcial,  
la verbena blanca  
me recibirá...

## Ante una página en blanco

¿Qué palabras  
vendrán, con mansedumbre de palomas,  
a picotear en esta página,  
y quedarán, con las alas abiertas,  
para siempre enligadas?

¿O como alondras  
remontarán el vuelo,  
cual de un tragal maduro,  
e irán a desgranar en el alto silencio  
melodías arracimadas?

¿Qué paisajes,  
todavía increados,  
emergerán como arrecifes  
de esta lisura nivosa de páramo?  
¿Qué llameantes corolas abrirán  
en su desierto blanco?

¿O qué lágrimas filtra  
el corazón y esperan  
caer como rocío  
sobre la flor sedienta?

¿Qué votos pugnan por saltar  
del alma a las estrellas?

¿Qué voz quiere nacer para cantar?

## El amigo errante

El amigo errante  
llega de países remotos.  
En su frente hay signos  
de lustros misteriosos.

Este hombre ha visto  
patriarcas vestidos de oro,  
princesas desnudas,  
niños que cabalgan panteras y osos.

Amó en varios idiomas,  
rezó a todos los ídolos  
y desafió a la muerte de cien modos  
este hombre impávido que lleva  
los continentes en los ojos.

Mientras su voz anima  
tipos, paisajes y episodios,  
pienso en aquella niña  
que se casó con otro...

Como si adivinase  
mi recuerdo recóndito,  
el amigo errante calla, palidece,  
mírame con ojos  
suplicantes...

¡Nada  
tiene su frente ya de incógnito!

**La flor del silencio**

Ni la noche inmóvil,  
ni los cementerios,  
ni las soledades sin voz de la tierra,  
conocen la flor del silencio.

—Pues ¿dónde se abre?  
pregunta el viajero.

—Abrese en jardines  
que no alumbra el cielo,  
en aguas profundas que ignoran  
la imagen del tiempo,  
más allá del último  
cipo del deseo.

—Quisiera encontrarla...  
suspira el viajero.

—Búscala en tu alma, si en ella dejaron  
cenizas de astros los sueños...  
si en algún instante divino supiste  
colmar las esferas con un solo beso

que hubiese podido matarte  
o encender rubíes en el firmamento...  
si labraste una vez una lágrima  
tan honda, tan dura, que en mitad del pecho  
la hubieras sentido filtrar su diamante  
con martirio lento...

—¿Y cómo buscarla?  
insiste el viajero.

—Cierra tus oídos  
al viento...  
En t̄ mismo intérrate  
como en tu hipogeo...  
Impávido explora  
recónditos dédalos...  
Contempla los fosos  
del vértigo...  
Y hallarás, acaso,  
la flor del silencio,  
la flor que en la sombra latiente del alma  
recogió el latido de los días muertos,  
la flor que perfuma con su melodía  
todo el universo...

**Meditaciones breves**

**1.—El mundo se encoge**

MUCHAS gentes sonrien de que haya quienes predigan—en esta época de gases asfixiantes y de recelos internacionales— el próximo advenimiento de una república del mundo. Les parece obra de ilusos la de suponer que en algún futuro cercano los imperios, las democracias y las tiranías actuales vayan a deponer parte de su orgullo soberano para asociarse en una confederación universal. Y, sin embargo, hacia allá vamos.

¿Indicios? Apuntaremos sólo unos cuantos, a guisa de invitación al pensamiento.

El mundo se está contrayendo. Es paradoja afirmarlo desde el punto de vista del espacio; pero no lo es si recordamos que el hombre ha calculado siempre las distancias por el tiempo que tarda en recorrerlas, y, medida de este modo, la tierra ha encogido vertiginosamente.

Cuando el hombre se llamaba Marco Polo transitó desde Venecia al Catay en cuatro largos años, al paso lento de las cabalgaduras o al compás caprichoso de las calmas y de los vientos. Más tarde, regimos las distancias por la marcha trepidante de un expreso; ayer, por la carrera desenfundada de un automóvil; hoy, por la fantástica velocidad del aeroplano. La travesía del Atlántico sobre un barco nos hacía suspirar cada mañana y cada tarde, durante doce o más días, por divisar la curva redondeada de una colina en las irisadas nieblas del horizonte, y hoy, Ferrarín ha saltado desde Roma a la punta oriental de América en 50 horas y 14 minutos!

Este año de 1928 está aprisionando la tierra en una tela futurista en que los aviones hacen de lanzaderas.

Y cuando el vuelo de un país, de un océano, de un hemisferio a otro, sea tan seguro como el pasear hoy sobre los cojines de un Packard, de qué poca cosa van a servir aquellas líneas imaginarias con que los recelos humanos han dividido las fronteras, y cuán ineficaces resultarán esos mastines de las aduanas y de los pasaportes,

La Liga de las Naciones que acunan los cisnes del lago ginebrino da la impresión de una criatura nacida antes de tiempo y resguardada en una urna para que no se muera de frío. Es una pobre expresión burocrática de una fuerza viviente e irresistible. Sólo que la república mundial no la van a hacer los hombres que dirigen los ejecutivos y los parlamentos.

¿Queréis otros indicios? En el mes de julio

de este año, con muy breves días de diferencia, publicaron los diarios las nuevas de que un agente noticioso habló desde Buenos Aires con Berlín, y de que los presidentes de las tres Repúblicas australes de la América habían inaugurado un servicio de teléfono entre sus capitales. Hay muchas más probalidades de que los hombres se entiendan cuando hablan personalmente que cuando utilizan los servicios de terceros aunque ellos sean tan hábiles como algunos diplomáticos.

Arguiréis que esos son casos aislados. No tanto. Una va de visita a una casa, y a poco charlar, la señora os dice entusiasmada: «anoche, escuchamos por radio a Nueva York». Sí, a Nueva York, como si se tratara de escuchar lo que canta el vecino, pared por medio. Y no tardará el momento en que conversemos con Tokio, con Melbourne y con Oslo, y este mundo que nos pareció tan vasto, tan separador, tan inasible por los cortos sentidos humanos, le miraremos como una pequeña vivienda donde, como en las casas modernas, todos nos topamos los codos. Nos va a faltar espacio para estar solos y cuando queramos entrar en nuestra soledad, tendremos que irnos a las estrellas.

Crean los hombres artefacto con que disminuir las distancias. Es un paso. El otro ha de ser el de aminorar recelos y prejuicios, y orgullos. Necesita el primero de toda la parafarnelia complicada de la ciencia; el segundo, nada más que de la buena voluntad...

**2.—El sino del canto**

Se anegó de luz la sala. Sobresaltadas, apartáronse unas cuantas parejas que no se habían percatado de que la película estaba terminada. Se restregaron, otros, soñolientos los párpados, y los demás miraron con pupilas turbias aún no acomodadas al áspero claror de las lámparas.

Una orquesta trunca zarandeo una melodía y tras su última nota se alzó el telón. Unos muchachos que se apodan ellos mismos «Los cuatro huasos» rasguearon las guitarras y entonaron con voz halagadora, limpia y muy varonil, aires de la tierra. Tonadas, cuecas, canciones, y entre ellas la tan escuchada «Río, río, devolvedme el amor mío...»

Mientras me acunaba su canto, yo revivía al Don José Antonio Soffia, al gentil

hombre, poeta y diplomático que en tierras extranjeras y allá por el tercio filo del siglo pasado, compuso esas estrofas. Le imaginaba, al igual de todos los poetas jóvenes, soñando acaso en escribir versos tan sutiles, tan cultos, tan novedosos que sonaran como la más fina de todas las campanas en un alto campanario. Era Ministro de Chile en Bogotá, en ese centro que viene siendo desde antaño el Monte Sacro de las musas americanas, y entre un sorbo de amor y una engolada nota a la cancillería escribió ese poema de *Las dos Hermanas* que hoy nadie lee, que, seguramente, ninguno de nuestros poetas jóvenes se dignaría firmar, ni siquiera en broma. Flor de romanticismo para aquellos tiempos. Para los de ahora balbuceo pesado y ñoño. Nadie sabría de él sin esa canción que yo estaba oyendo en un cine de barrio. Esa canción que se canta en toda América en las fiestas poblanas y en los ruedos campesinos. Esa canción llevada en la corriente de los tiempos por esa barca de timonel desconocido que es el alma popular:

Río, río, devolvedme el amor mío  
que me canso de esperar...

¿Qué habría preferido Soffia? ¿Que se recordase con loor su nombre en el cenáculo de los doctos o que cantaran sus canciones gentes incultas que no ofrendan recuerdo alguno al poeta que nunca conocieron?

¿Qué preferiría yo, si por acaso estuviera en mi mano escoger? Escribir para esa pléyade que por ir eternamente a la vanguardia ha de quemar mañana lo que ha adorado hoy, o cantar para el pueblo que, como los niños, gusta de repetir siempre la misma saga, la misma leyenda con que vibra secretamente alguna cuerda de su corazón?

Mas, ¿está en la mano de uno elegir? No. El poeta no escribe para el público. El poeta escribe para sí, para expresar esa angustia, ese regocijo o esa embriaguez que le ahogarían si no les tradujese en símbolos. Si su verbo es gustado deleitosamente por unos cuantos o trasvasado a la sangre de la raza, es el sino del canto. No puede ser el propósito del escritor.

*Amanda Labarca H.*

Santiago de Chile, Junio 1928.

**Mercurio Peruano**

*Revista mensual de Ciencias  
Sociales y Letras*

Director: VÍCTOR ANDRÉS BRILAUNDE.

Número suelto..... UN SOL  
Apartado N.º 176. Lima Perú

**Consultorio Optico "Rivera"**

EXAMENES DE LA VISTA

ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención

en el desarrollo de recetas  
de los señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO

MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

**Guillermo Rivera Martín**

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSÉ DE COSTA RICA — CORREO 349

Mi Clara y buena, le decía a la amiga afectuosa y colaboradora en este semanario. («La revista-faro», así la llamaba). De la escritora no hablaré esta vez. Será cuando edite el libro de sus poemas, homenaje póstumo—deploramos no habérselo hecho en vida—que le estamos debiendo los amigos que la quisimos y estimamos.

¿Hablé de su libro? Con palabras de ella: «¿El título? sería *Atardeceres*». Así se llamará cuando salga. ¿*Atardeceres*? Alguna vez le dije: «Las tardes son las compañeras de su alma y Ud. las siente en lo más hondo». En efecto, Clara Diana era una criatura crepuscular, o una alma crepuscular y soñadora, si les parece mejor. De las noches lunares gustaba mucho, tal como si fueran una prolongación de los encantos vespertinos. En una de sus cartas: «Viera qué plácida noche y qué azul después de tanta lluvia. La luna grande y dulce; con ella le mando a decir: «buenas noches, suave amigo mío». En otra carta: «La noche del jueves fué maravillosa; lástima que Ud. no la viera desde este rincón, pues soy tan tonta, que pienso que las noches de luna son mejores aquí que en otras partes. En noches así, me gusta vagar en lo oscuro, en ese rato que precede a la salida de Diana, para ser sombra entre la sombra, para fraternizar mejor con todas mis tristezas, y para soñar mejor con tantas cosas imposibles. Siento en esas noches, que manos blandas denden alas en mi cuerpo y querría volar por caminos blancos, para huir de esta miseria humana... (Yo lo añado, estos suspensivos).

Y se nos fué el 20 del pasado mes. En junio, invierno pleno justamente, como ella lo temía. «Sólo me acongoja este anuncio helado del invierno que se acerca. Toda la blandura en que vivo parece enfriarse; la soledad, como un espectro, viene a respirar en todos los rincones, en todo lo que me rodea; y en todo eso, yo adivino las alas de la muerte, el misterio de la muerte». Y así fué... «El invierno, que es tan cruel para mí». «Nada de novedades para contarle: la vida aquí tiene mucha lluvia, mucho hielo y muchos sueños, como estrellitas prendidas en el alma»; ...«en esta mañana tan nebulosa que todo lo hiela, menos el corazón».

Corazón sí que tenía. Era un espíritu bien forjado, de buen temple. Esto me escribió una vez: «Sólo con una voluntad como la mía se puede soportar tantas dolencias—sonreír y soñar».

Libros, muchos libros para ella. ¿Cuáles?

### Un mes después de su muerte

¿Cómo se sentía en la salita la presencia de su ausencia!

Las fotografías de las amigas predilectas de la ausente que nunca volverá, nos sonreían desde los marcos en los cuales los coloraban sus manos ansiosas de acariciar.

La madre suspiraba en un rincón, la buena madre de la ausente que nunca volverá. A su rostro apenado asomaba como un eco, la sonrisa de la criatura cuya ausencia viniéramos a visitar.

—¿Y el rosal que María Ester quería fuera plantado sobre su tumba?

—Sí—dijo la madre—ya lo tenemos listo, Alicia irá a sembrarlo ella misma en cuanto esté bien... es que ahora está enferma.

Alicia es la hermana menor de la ausente que nunca volverá.

Hay un silencio sobre el murmullo monó-



## María Ester Amador

(Clara Diana)

Algún clásico griego, por ejemplo. De preferencia, libros de autores hispanoamericanos modernos. A propósito de las *Poesías escogidas* del ecuatoriano Medardo Angel Silva (Editorial EXCELSIOR. París), me escribe: «Mil gracias por el librito de Silva; esa visión de la muerte que hubo en la vida de este poeta, me gusta, pues también a mí me asedia con frecuencia».

Era una alma impregnada de melancolía. «De mí, nada le digo pues no quiero contagiar tristeza». «De lo mío, nada tengo que contarle: mi vida solitaria y doliente, es un caso muy vivo de desolación espiritual. La vida todo me lo niega, aun las cosas a las que tengo derecho».

Palabras dictadas en horas de inevitable pesimismo. Porque la vida no le negó todo. El dulce bien de la amistad, por ejemplo, lo saboreó. Y del afecto familiar, el hondo, el de la madre inconsolable, el de la hermana,

tono de la lluvia. Inclínamos la cabeza y recordamos aquella juventud que se apagó ansiosa de amor y de gloria, romántica y febril, con su último deseo sentimental como el de una heroína de Musset: de que la enterraran en el puro suelo y de que plantaran un rosal sobre su cuerpo.

Pienso en las rosas que florecerán allí, matizadas con el color de sus ensueños y de sus callados amores... Y el verso de Stecchetti se despierta en mi memoria, vuela y viene a cantar sobre el recuerdo de la amiga ausente que nunca volverá, como un ruiseñor sobre la rama lánguida de un sauce de los que poblaron las fantasías de Lamartine:

*Son quelli  
i canti che pensai e che nou scrissi  
le parole d'amor che non ti dissi.*

CARMEN LYRA

Agosto de 1928.

¿qué no diría yo en loor de ellos? En su existencia desolada creció, incomparable—porque hubo otros—un rosal de amistad de que muy pocos disfrutaban, por buenos y afortunados que sean. Clara lo sabía bien. Y pudo decir sinceramente: «dan tauta ternura y tanto encanto al alma las cosas de ella». Otras palabras suyas: «Mis días en alguna hora se iluminan al conversar con la aromosa...» De ella dirá en justicia, y yo lo ratifico: «tierna, delicada, bella para nosotros, que la comprendemos en su valor espiritual». «Para mí es siempre flor y estrella. Ha puesto ella mucha belleza espiritual en estos últimos años, en que tuve la dicha de conocerla». «Triste y sola». (Piensa en la amiga.) También dirá: «Es claro que me siento dichosa de tener en mi vida cariños hondos y bellos. Es por eso justamente, por lo que yo no he muerto; porque el día que esos cariños falten a mi lado, mi alma se mustiará como planta sin riego».

Pero el desaliento la coge de nuevo y entonces escribe: «He alcanzado a mirar la vida desde mi silencio, con serenidad; pero a veces se debilitan esas fuerzas y todas las asperezas me maltratan y siento que las alas se me rompen, como a una mariposa que revolotea entre cardos. Oh, haber nacido con esta alma tan extremadamente sensible y tan sedienta de ternuras hondas!»

En su trato, muy fina y cordial. Cordialidad sostenida, porque las hay variables. Solo así es posible reiterar declaraciones como éstas: «No quiere venir a este rincón donde hay para Ud. tibieza y pensamiento y cariño». «Las palabras dominicales para el amigo, que sean como campanitas que repican en la misa de la amistad tierna y sincera». «Su corazón generoso y dulce, que tanta ternura ha puesto en mi vida». Yo así lo creo. A mi vez, le soy deudor vitalicio de uno de los mayores bienes... ¿Cómo olvidarla, pues?

Descanse en paz la amiga afectuosa, la escritora de estilo sobrio, de imágenes claras y armoniosas. La recordaré con frecuencia, y sinceramente quiero imaginármela ahora en la «región de las nobles sombras y de los piadosos recuerdos». Esto, mientras me llega el turno, que allá también he de ingresar.

Un reproche: «Piense que tengo más derecho yo a pedir constancia a mis amigos, que ellos a mí. Pero qué tonta! Si es que tampoco tengo derecho a pedirles nada».

De su fisonomía: la sonrisa picaresca de los ojos encendidos.—*Un amigo*.

### Clara Diana

En aquel rincón del cementerio aldeano yace su dulce corazón, palpitando ya con la inmortal alegría de la Tierra materna!

Pero yo imagino que ahora Ella ve estas mis letras menudas, presente aquí como una sombra de jazmines, y que sus ojos velan, entre lágrimas, una sonrisa!

¡Sombra amiga, tú me enseñas a pasar entre las llamas de la tragedia y del destino, persiguiendo el Ave Azul!

Tú me enseñas a lanzar, sobre la muerte misma, la fragilidad del canto!

¡Sombra amiga en este instante de la tarde—¡las tardes en el crepúsculo, tus amadas!—siento que me invitas a la contemplación de la Belleza pura, que fué la esencia divina que ennobleció tu Espíritu, levantándolo, sobre la tortura de tu carne joven, sobre el martirio de tu fina forma

(Pasa a la página 110).



ARRIETA es el más aristocrático de nuestros poetas: el más delicado, el más fino, el más puro. Su poesía es un camino en que no se conoce la polvareda; sendero recién llovido en que la lluvia riega y alegra la tierra sin mojarla ni gota más de lo necesario.

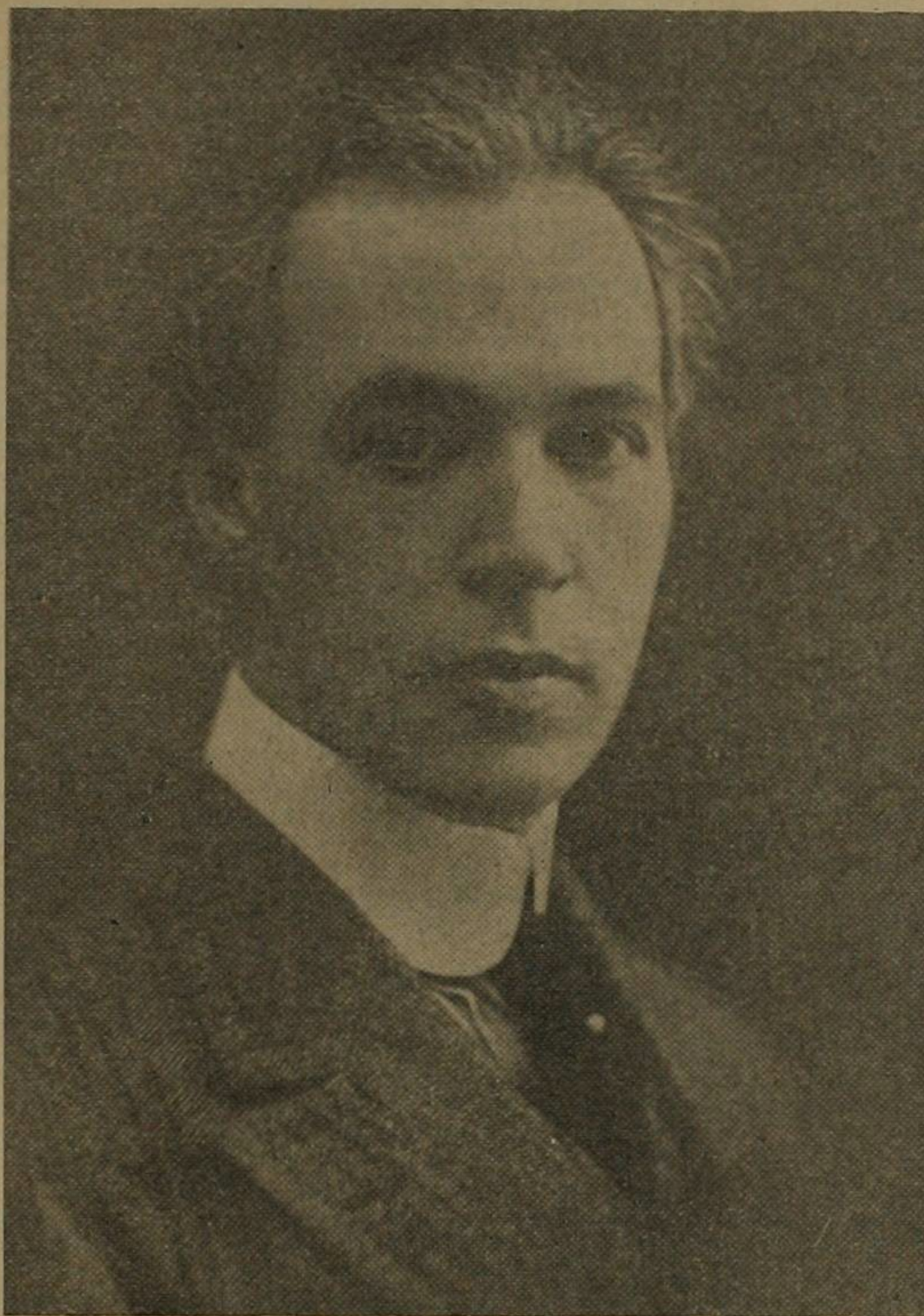
También fué Arrieta de los dos o tres que admirando con devoción a D. Leopoldo no cayó en el servilismo de imitarlo. Admirar y no imitar fué en este caso proeza: de tal modo eran fascinantes la frase, el adjetivo, los giros del genial poeta. Todos pasamos aquel terrible peligro de Edipo frente a la Esfinge, en que tantos sucumbieron. Y no fué Arrieta el que pasó con menos gallardía. Juzgando por su canto, se hubiera dicho que venía de una anterior encarnación medioeval en la Alemania feudal y trovadoresca. Hubo siempre algo de *lied* en sus canciones y una dulzura de laúd en la música siempre delicadísima de sus versos. Por otra parte, sin ser el poeta de la instantánea (la rechazaría por superficial su corazón recogido) es el poeta del instante; mas, a condición de que el instante vaya empapado de emoción. En un libro notable se definieron a la par su temperamento y su doctrina: en *Alma y Momento*. Así es como Arrieta ama el instante: desde lo hondo de su alma, no de ninguna manera desde el reflejo de sus pupilas, como otros lo han hecho lisonjeándose vanamente de competir a guiñadas con la penetrante vista de Fernández Moreno, el de los ojos incomparables.

*Alma y Momento*: He ahí la divisa de Arrieta; el cual nos subyuga en mayor o menor grado, según que se atenga más o menos a su mete y a su ley; según que sea o no sea perfectamente fiel a su corazón y a la vida.

*Estío Serrano*, ese libro magistral que ahora celebramos, es la canción de su alma en las sierras cordobesas: pura *alma* y hondo *momento*, bajo el cielo de Córdoba.

ARTURO CAPDEVILA

Como el antiguo reloj de sol, la poesía de Arrieta podría jactarse de no contar sino las horas serenas. Serenidad que no excluye dolor pero sí tortura. No es Rafael Alberto Arrieta un torturado. De la vida solicitan su amor todas las cosas tranquilas. Sus noches son de oro; su fuente, como un espejo. Sus motivos de inspiración se enumeran ya en el primer libro, revelador como todo libro primero, sólo que no vemos hasta más tarde las posibilidades que habría en él: son sus motivos «el paisaje, el amor—la idea y el ensueño...» Sí, esos son; pero ni el paisaje es abrupto, ni el amor tormentoso, ni la idea se descarría por los vericuetos de la imaginación, ni el ensueño llega nunca a tomar la torva catadura de una pesadilla... Serenidad silenciosa, que dice sólo su palabra reveladora, y ninguna más. Serenidad transparente, a pura sencillez expresiva. No hay en los versos de Arrieta gritos ni desentonos; le conmueve profundamente lo más



## Rafael Alberto Arrieta y su libro *Estío Serrano*

=Apreciaciones tomadas del homenaje que BABEL, de Buenos Aires, le hizo al poeta en abril de 1927, con motivo de la edición de *Estío Serrano*=

humilde, lo más cotidiano, y no trata de hacérselo ver como extraordinario o milagroso. No hay tampoco alardes de versificación. A veces, hasta prefiere modular débilmente su verso: con que sea verso basta. Que tenga temblor y color, aunque le falte sonoridad y brillantez. Silencioso y transparente: esos son los atributos de la semi-divinidad a que aspira. Pocas veces se ha logrado mejor.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

Es uno de los poetas puros. Pureza de poesía que sólo escoge, entre las emociones, las altas y claras; entre las imágenes, las nítidas; entre las expresiones, las diáfanas. Sus días de cántico son los serenos; sus moradas, las de paz. Afuera, lo turbio, y lo clamoroso, y lo atormentado. Y todo tiene su poesía, y hay quien se lanza y se apodera de ella. Pero es bien que haya armonías tranquilas: nos hablan de la vida mejor. Porque toda lucha, si es justa, debe acabar en paz; toda inquietud, si es fecunda, debe llevar hasta las contemplaciones perfectas

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

RAFAEL Alberto Arrieta es un verdadero poeta, en el más alto sentido de la palabra, un creador, no porque sepa re-crear artísticamente el mundo externo y aun el llamado interno, no menos adjetivo que el otro, sino porque posee el dón divino de vivificar ideas, emociones, pedazos de su real intimidad, que no existe en otra parte del universo.

... ¡Clasicismo contra romanticismo! Pero alerta en la confusión de sentidos. Arrieta acertó en el significado y se esfuerza en la resolución. Ya en 1919 su poesía representaba una reacción contra el desahogo libre, la espontaneidad instintiva, el delirio sentimental, el verbo en rebeldía. El clasicismo de Arrieta admite todos los temas poéticos, todo el léxico adecuado, todas las manifestaciones espirituales. Su clasicismo consiste en mantenerse dentro de una estética; en rehuir la excesiva actualidad olvidada de lo pasado y sin presentimientos de lo futuro; en dominar la labor para que ésta sea la dominadora. Dicho en una sola palabra: equilibrio. Es la condición esencial de toda cosa duradera.

J. TORRENDELL

A RAFAEL ALBERTO ARRIETA

Tu verso, como gota de dulce sangre, mana;  
resbala sin rumor de tu pecho hacia el mío.  
Apenas por el verso pasa un escalofrío...  
¡Pero es tu breve herida la inmensa herida hu-  
[manal]

GABRIELA MISTRAL

TAL vez ninguno de los poetas argentinos demuestre, como Rafael Alberto Arrieta, una preocupación más intensa y constante por encerrar sus ideas y sentimientos en una forma impecable. Es justo agregar que nadie ha logrado tan plenamente ese propósito. Cada verso

suyo es una maravilla de precisión y elegancia. No se advierte una palabra de más, un giro poco adecuado a la naturaleza del asunto. Todo es allí útil, casi matemático. El artista elige prolijamente sus vocablos y se esfuerza en dejar de lado toda pompa excesiva.

NICOLÁS CORONADO

UNA pureza de expresión, exenta de toda frondosidad artificiosa, una emotividad serena, un sentimiento hondo del paisaje, una admiración ingenua ante las cosas, y de cuando en cuando, una melancolía dulce y resignada, tales son las modalidades que definen la poesía de este autor, quien por la sinceridad y belleza de su obra, cuenta entre los mejores poetas de su generación. De una sensibilidad exquisita y con un sentido verleriano del matiz, Arrieta es capaz de aprisionar en la jaula de oro de su verso, el ave ligera de la más fugitiva y tenue emoción.

ALVARO MELIÁN LAFINUR

CADA poema de Arrieta es una pequeña joya... Su arte consiste—es sabido—en sorprender y fijar el fugaz instante. Una sensación, y tras ella el espíritu se echa a

soñar y a sentir, y con él nosotros también vamos soñando y sintiendo. Y todo nitidamente determinado en imágenes, aunque el poeta nos lleve en su ensueño por el país del misterio...

ROBERTO F. GIUSTI.

EL verso de Arrieta es de una precisión, una elegancia y una armonía rarísimas entre nuestros poetas. Sobrio, mesurado, contenido, es un bello ejemplo de lo que la cultura, bebida en fuentes muy diversas, puede agregar a un innato buen gusto y a una gran distinción espiritual».

JULIO NOÉ

DESDE niño he frecuentado la lírica de Rafeel Alberto Arrieta con ese fevoroso recogimiento con el que hubiera penetrado a un huerto sellado para el que necesitara un estado de alma exclusivo. Jamás he ido al encuentro de sus poemas sin haberme sentido previamente impulsado a ello por esa necesidad recóndita, por ese deseo psíquico que no tiene precisa definición y que parece vagar por el cielo de los atardeceres. Rafael Alberto Arrieta es un lírico de excepción que tiene su hora adecuada en el decurso del día. Para leerle provechosamente es menester que nuestro espíritu *sincronice* con el ambiente aislado, con la penumbra musical que sus composiciones

sugieren. Los críticos de este poeta han insistido, al referirse a su obra en verso, en la perfección de la forma, revelada en la elección de la palabra justa y en la asombrosa combinación melódica. Asimismo se ha hecho notar la nobleza de sus temas y ese sortilegio,—característica en su producción hasta *Fugacidad*,—que consiste en detener en la urdimbre del verso el instante desvanecido. El autor de *Las noches de oro* en nuestro país—como el delectísimo orfebre de *Polyphème* en Francia,—perteneció a ese pequeño grupo de poetas de quienes puede afirmarse que serán releídos en cada hora de Angelus de cada día.

FRANCISCO LÓPEZ MERINO.

FIEL a su propósito de crear ante todo belleza, Arrieta poda con esmero sus rosales y cuida que no falte dorada arena en los bien trazados senderos que recoge su emoción. Y, poseedor del sentimiento de la naturaleza, son para el paisaje sus más bellos versos. Pintor: copia lo vago de los matices que la luz hace vivir un solo instante; escultor: detiene el gesto fugaz de la sonrisa; músico: es con sordina que pulsa su violín. El lenguaje de Arrieta es puro, tocado de un discreto clasicismo que lo ennoblece y le evita caer en el prosaísmo y chabacanería que en estos últimos años ha malogrado a más de uno.

CONRADO NALÉ ROXLO

vivimos, y que es inútil negar, sea la cuestión de la infancia la única que pueda unir a los adversarios en la aceptación de reformas en grande. Muchas veces pienso que por este asunto podría empezar, y no por otro alguno, *la organización nueva del mundo*, porque hasta los peores levantan la cabeza, oyen, se vuelven un momento nobles y acogedores, cuando se nombra al niño. El pudor más tardío acude a la cara cuando a cualquier individuo sin conciencia social se le habla de la miseria de los niños, ofensa a Dios por excelencia, que hace día por día nuestra vergonzante sociedad cristiana.

2.—*Derecho a los oficios y a las profesiones.*—Pero no en la forma empujada en que se dan en nuestros países los primeros por maestros inferiores que no han dominado el lote maravilloso de una artesanía o de un arte mecánica; ni en la forma en la que se abren las profesiones liberales, que están desprestigiándose rápidamente por la falta de selección de los alumnos.

Derecho de la inteligencia, salga ella de la casta que salga, a actuar, a dirigir, a gobernar las sociedades. Derecho de la inteligencia a ser defendida, protegida, excitada, confortada y acatada por un Estado sagaz y atento que no la abandone ni la desperdicie.

Y como consecuencia de esto, derecho del Estado, ejercido por medio de sus educadores, a cerrar las profesiones superiores a los incapaces, por economía y sentido común, debiendo encaminarlos hacia las funciones y oficios que no necesiten de la creación ni impongan las altas responsabilidades efectivas de la inteligencia.

*Derecho a la tierra de todo niño que será campesino*, derecho natural, sobre todo en nuestra América de territorio generoso. Nuestro latifundismo corresponde a una barbarie rural que Europa ha dejado atrás hace un siglo.

3.—*Derecho a lo mejor de la tradición, a la flor de la tradición, que en los pueblos occidentales es, a mi juicio, el Cristianismo.*—Derecho a la herencia de Jesucristo, de la que ninguna criatura de nuestra raza puede quedar desposeída.

4.—*Derecho del niño a la educación maternal*, a la madre presente, que no debe serle arrebatada por la fábrica o por la prostitución a causa de la miseria. Derecho a la madre a lo largo de la infancia, a su ojo vigilante, que la piedad vuelve sobrenatural, a su ímpetu de sacrificio que no ha sido equiparado ni por el celo de la mejor maestra. Cuando menos, si la madre debe trabajar, derecho a que el niño la tenga a su alcance por medio del trabajo en el hogar.

Creación por el Estado de las cooperativas que permiten adquirir la pequeña máquina manual y doméstica, posible, dentro de muchas industrias. Formación por las llamadas clases dirigentes, de fuertes instituciones o ligas de mujeres que impongan al comercio la manufactura doméstica.

Y si ni aun esto fuera viable en nuestros países mal organizados que no quieren crear tradiciones nuevas por respeto a tradiciones perversas, derecho a que la madre trabaje fuera del hogar en faenas suaves que no hagan de ella antes de los treinta años la bestia cansada y triste cuyo tercer hijo ya no recibe una leche vigorosa.

Legislación que divida el trabajo por sexos, para evitar la brutalización de la mujer que estamos conociendo. Nuestra cultura está deshonrada con la incorporación de la mujer a las faenas inmundas y deformadoras que jamás conoció en las apodadas «épocas oscuras».

5.—*Derecho a la libertad, derecho que el niño tiene desde antes de nacer a las instituciones libres e igualitarias.*—Los adultos



## Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

## Los Derechos del Niño <sup>(1)</sup>

=Del N.º 1 y tomo I del *Boletín de la I. M. A.* Órgano de la Internacional del Magisterio Americano- Buenos Aires=

1.—*Derecho a la salud plena, al vigor y a la alegría.*—Lo cual significa derecho a la casa, no solamente salubre, sino hermosa y completa; derecho al vestido y a la alimentación mejores.

La infancia servida abundante, y hasta excesivamente por el Estado, debería ser la única forma de lujo—vale decir de derroche—que una colectividad honesta se diera, para su propia honra y su propio goce. La infancia se merece cualquier privilegio. Yo diría que es la única entidad que puede recibir sin rezongo de los mezquinos eso, tan odioso, pero tan socorrido de esta sociedad nuestra, que se llama *el privilegio*, y vivir mientras sea infancia, se entiende, en un estado natural de acaparamiento de las cosas excelentes y puras del mundo, en el disfrute completo de ellas. Ella es una especie de préstamo de Dios hecho a la fealdad y a la bajeza de nuestra vida, para excitarnos, con cada generación, a edificar una sociedad más equitativa y más hincada en lo espiritual.

Cada niño trae una esperanza llena de fuerza y de misterio, a las colectividades caducas que son las nuestras, hasta en esa fresca América. No hay ninguna entidad de adultos que contenga sugestión semejante a la de la infancia de vida superiormente pura. Y ninguna sugiere con más fuerza que ella organizaciones nuevas del mundo.

Cuanto se ha hecho hasta hoy dentro de nuestros sistemas por salvar a la infancia en conjunto de la miseria y la degeneración,

aun por los mejores, resulta pobre, vacilante y débil, y es un balbuceo. Habría que tentar iniciativas más totales y valerosas, yo diría más radicales, en el limpio sentido de esta palabra. *No se resuelve el problema de la infancia sin resolver en su mitad el problema social.* Eso no importa; habría que atreverse. Que los hombres indiquen los medios más enérgicamente completos y que las mujeres ayudemos al mejor plan. Yo descarto el comunismo porque todavía creo en la familia y no hay un extraño, ni el más maravilloso, que me convenza de arrancar un hijo a su madre para que ésta sea reemplazada por una máquina inhumana y por esa horrible rueda fría que se llama el funcionario oficial de cualquier país. Por otra parte, yo abomino de la educación en masa y siento aversión por las aglomeraciones brutales y brutalizantes de los internados y los cuarteles. Yo estoy diciendo siempre: «la mayor suma de individualismo, dentro de una norma colectivista».

Debería atribuirse un salario especial—repiteamos la palabra «privilegiado»—al fundador, o a la fundadora, de familia. Son los seres más acreedores a la dignidad material y moral dentro de un Estado que se respeta. Esto, por lo menos.

Es posible que en el conflicto social que

(1) Presentados a la Primera Convención Internacional de Maestros, celebrada en Buenos Aires en enero de 1928.

que en nuestros países están en este momento alquilando con la riqueza nacional la independencia del territorio, y que a la vez aceptan y afianzan con cada día que pasa los regímenes de tiranía, comprometen, inconscientemente o conscientemente, la suerte de los niños que vienen, del hijo propio como del ajeno, y van a entregar a la nueva generación una patria disminuída en el espíritu y con su honra menguada delante de los demás pueblos soberanos de sí mismos.

6.—*Derecho del niño sudamericano a nacer bajo legislaciones decorosas*, que no hagan pesar sobre él durante toda su vida la culpa de sus padres, sino bajo códigos o profundamente cristianos o sencillamente sensatos, como los de Suecia, Noruega y Dinamarca, en que el Estado acepta al hijo de la madre desgraciada como un miembro más del cual espera, al igual que de los otros, cooperación y enriquecimiento. Así recibió Chile ni más ni menos, que el don de su independencia de don Bernardo O'Higgins.

7.—*Derecho a la enseñanza secundaria y a parte de la superior*, en forma semi auto-didáctica, la que debe ser facilitada y provocada por el Estado, a fin de que la cultura del obrero y del campesino sean posibles. Con esto podría buscarse en las democracias que están en peligro el que el ciudadano dotado de criterio más rico mejore la calidad de sus representantes, salvando así el sistema de gobierno popular que comienza a envilecerse y a perder consideración en la América.

Gabriela Mistral

París, diciembre de 1927.

## Como ejemplos

=De *Viaje por las Escuelas de España. Extremadura*.—Espusa - Calpe. S. A.=

UN maestro alcalde<sup>(1)</sup>, si, además de la vara, tiene actividad, energía y prudencia, puede muy bien remover un pueblo; y si sobre esas cualidades es inteligente e independiente, puede volverlo de arriba abajo. Tal es el caso de Cañamero, donde el maestro, D. Pablo García Garrido, ha hecho en dos años más obra que sus antecesores en todo el siglo. Si el párraco les dió las viñas, el maestro les ha dado a los vecinos de este antiguo aguijón trujillano fuentes, caminos, escuelas y una colonia agrícola. ¿Es poco?

Ocurría aquí algo maravilloso para quien no conozca el campo con sus lugares; y es que, a fuerza de vivir de la tierra, a los vecinos de Cañamero se les había olvidado trabajar. No tenían costumbre de labrarla. Fuera de unos pocos y de los grandes propietarios—más ganaderos que cultivadores—, dedicábanse casi todos a aprovechar montes y pastos. Cuando se le ocurrió al maestro de Cañamero la idea de crear una colonia agrícola, le decían en el pueblo:—¿Para qué? ¿Para trabajar más y ganar menos?—El arado sujeta mucho, y pesa más que la cayada el azadón. Sin embargo, hoy funciona, a satisfacción de todos, la colonia agrícola de Cañamero, fundada hace dos años, con 2.222 hectáreas a cargo de 448 colonos; y quedan cinco lotes no adjudicados. Los terrenos eran del Ayuntamiento, que los dió a censo reservativo. Mientras el comprador redime el censo, paga el Estado, el cual adelantó fondos a una Cooperativa formada por los colonos para comprar material agrícola. Dos años no bastan para que empiecen a rentar

(1) En España se da el nombre de Alcaldes a los Presidentes Municipales.

viñedos y olivares; pero pronto se ha de ver hasta dónde llega una explotación bien ordenada aun al pie de la misma áspera sierra de Guadalupe. La dirección es muy sencilla. Corre a cargo de un ingeniero joven, D. Carlos Rey, y he visto su despacho en una casa antigua habilitada con los estrictamente indispensables muebles americanos, que aquí en Cañamero son más americanos que en Far West. La suerte de estos ensayos depende de mil cosas: administración, voluntad para el trabajo en los colonos, inteligencia y entusiasmo en los consejeros. Por su gran valor, como ejemplo para otros lugares, deseamos próspera fortuna a la colonia de Cañamero.

El maestro de Almoharín, don Fausto Maldonado, está en las Hurdes. Almoharín, pueblo importante, cacereño, tenía muy descui-

dada su enseñanza. Llegó Maldonado y en poco tiempo, con ayuda de una maestra de sesenta años, doña Eugenia Sánchez de Castro, modificó sus costumbres. Aprovechando una fiesta organizada para imponerle la medalla de la mutualidad, habló al pueblo excitándole a construir escuelas. Al día siguiente contaba con solares y cuatro mil pesetas de suscripción popular. Pero lo admirable es que el vecindario—empezando por los mismos discípulos—trabajó con gran alegría y dió su peonada hasta dejar concluido el edificio, y está proyectado por el propio maestro. Las escuelas de D. Fausto Maldonado funcionan ya y el pueblo da ahora solar y 15.000 pesetas para otras tres clases. Este es el pueblo y éste el maestro. Almoharín, tierra caliente, rica y próspera, bajo la sierra de San Cristóbal, se ha hecho ya célebre por este rasgo: antes sólo nombraban al pueblo en toda la comarca por los sabrosos higos de Almoharín.

Luis Bello

## Noticia de libros y revistas

**Palabras socráticas**, Todo momento trabajado en el mármol extraído de las

por Arturo Cancela

canteras de Platón muestra en sus vetas alguna red azul de venas en que se siente palpitar el uranio pulso de las Ideas.

Y con mármol de tal excelencia erigió Arturo Cancela una sobria dórica fuente destinada a refrescar el aire dentro de los ámbitos de una universidad ideal, levantada en indeterminado punto.

Está inscrita la fuente: «A los Estudiantes». Y sirvele de corona alegórica un a manera de diálogo socrático, por lo sutil del volar del pensamiento, *Un diálogo en Ginebra*.

Y como por este diálogo di principio a la lectura del libro, por aquí, acerca de él, comanzaré mi conversación. Pues no quisiera yo que otra cosa fuese esta vez mi palabra. Mucho temería que se me fundiese entre los dedos la abundante sal ática, de leve sabor galo, que brilla entre las líneas de esa discusión aérea—por la gracia con que se mueve—acerca de las ideas que revolotean en torno de la Liga de las Naciones. Pero no vaya a creerse que aquí se discuten pesadamente graves cuestiones internacionales. Las bellas palabras socráticas que preceden al diálogo son de un exquisito valor universal; el *Diálogo* plantea un caso concreto que ofrece al autor la ocasión de exponer lo que piensa respecto de esta paz que las sociedades contemporáneas dejan al arbitrio de las democracias belicosas y volubles. Siendo así que las dos más memorables épocas en que correspondió a las democracias la dirección de las relaciones internacionales coincidieron con los períodos más agitados de la perínclita Atenas y de la Francia Revolucionaria.

Mas dentro de los florecidos términos del diálogo muévense los pensamientos con agilidad de abejas de alada ironía, todo un suelto enjambre del Atica y, más de una vez, con el zumbir a la manera del epicúreo Anatolio, de grata recordación. Y cuando brilla el grano de sal en el engarce de una paradoja algo de aquella equívoca luz de *Dorian Gray* ha venido a aposentarse en mi memoria.

Por supuesto, quisiera echar a volar un semejante enjambre en seguimiento de ese del Atica extraviado en las orillas del Ródano. Pero no son propicias para ello estas riberas del lago Michigan. Me contentaré con saltar y correr tras ellas, porque he

admirado la gracia de su vuelo, la sutileza de su picadura.

Felizmente no puedo ponerme en desacuerdo con el señor Cancela en lo que atañe a sus apreciaciones acerca de las belicosas democracias del día, las cuales, si no tuercen el rumbo de su avanzar, se convertirán en la «única fuerza ciega en la Naturaleza», como con sabiduría sugiere el señor Cancela. Mas aquí y allá encuentro que este talento que con tanta destreza discurre entre las ideas, no siempre ha sabido defenderse de la influencia de sociólogos sin visión que dogmatizan acerca de lo que son y lo que pueden y no pueden las mentes primitivas, como si alguna vez se les hubiese concedido presenciar el milagro de una mente primitiva en la obra de creación de una lengua, de una religión, de una arte, de una ciencia o de una industria. Y en quien declara ser las metáforas algo peligroso para la salud del pensamiento no deja de ser picante el uso, entre muchas, de esta significativa metáfora: «Desgraciadamente el progreso de las ideas morales no corre parejo con el de los implementos mecánicos».

¿Quién vió nunca las ideas en marcha, si no es en aquellas primeras líneas de *Las Montañas de Oro* de Lugones? ¿Quién, en alguna época, vió transformarse el martillo de las fraguas de Mycenás en el martillo automático de nuestros días? Ni los implementos ni las ideas evolucionan en el sentido lúcido y recto de la expresión. La evolución es un proceso de desenvolvimiento de la conciencia humana. De las ideas, de los implementos, no. Pero esta es una favorita metáfora de los sociólogos, desde Spencer para acá. Sólo la Vida evoluciona, a través de las innumerables formas que la contienen. El Hiloísmo podría justificar una declaración de que todas las cosas evolucionan, desde luego que para el hiloísta las cosas todas viven, mas no todas las gentes se hallan preparadas para aceptar esa antiquísima enseñanza de los Arias. Así, pues, no se transforman las instituciones ni las ideas. Las transforman los hombres.

«La metáfora produce al cabo de un tiempo una especie de hidrofobia de la razón». Tal dice uno de los interlocutores del diálogo del señor Cancela. Pero esto es una sencilla paradójica broma, pues que en su libro las metáforas pululan. «Bajo la lápida de una doble premisa»; «la figura humana del sabio ateniense se aureola... con el resplandor de la gloria del más grande de sus discípulos»; «el reflejo dictatorial llega a

cubrir los más firmes principios del derecho humano, o la bajante demagógica deja al descubierto el limo y las formas inferiores de la vida social»; «frente a la hidra sin ojos de la multitud». «Mas como ambas condiciones—satélites de la suprema honradez del espíritu—están en cuarto menguante sobre nuestro horizonte intelectual».

Ahí están las más conspicuas metáforas contenidas en las diez primeras páginas del atrayente libro del señor Cancela, quien dice de sí que tiene «el valor de expresarse con claridad». Luego las metáforas no dañan a la claridad ni son signos propios de mentes primitivas.

Ay! que no conocemos la mente primitiva! Ni a través de las viejas literaturas, ni de los arcaicos monumentos nos es dable inferir algo acerca de esos pueblos primitivos. Ningún vestigio de los así llamados—primitivos—es otra cosa que un rastro inequívoco de una civilización correspondiente a una cultura de la inteligencia. Jamás vió el hombre el nacer de una lengua o de una religión. Las lenguas aparecidas en la Edad Media no poseen una sola raíz que no haya sido heredada o habida en préstamo de aquellas otras lenguas de que son derivaciones. Y, no obstante el orgullo de nuestra presente cultura, aun no hemos creado una sola religión sin entronque en las del pasado.

Y sin la metáfora ninguna lengua permitiría la expresión del pensamiento o de la emoción humanos. La metáfora fertiliza las lenguas. Son su belleza y su fuerza, porque también son su sabiduría. El vigor y la gracia de las letras argentinas les viene de las poderosas fantasías que han creado tantos hermosos pensamientos—que cesarían de ser cuanto son, sin las metáforas que constituyen la esencia de su virtud.

En realidad no sólo no dañan a lo que se da en juzgar la claridad del estilo, sino que contribuyen a iluminar nuestro pensamiento con una imagen que por su valor pictórico o emotivo añade a la idea originaria elementos artísticos que traducen el complejo fenómeno mental de una manera más adecuada que la simple significación lógica. Mas por otra parte, la metáfora es, en el artista, una visión o audición directa de las cosas mismas, de las ideas o de los sentimientos, y le es tan difícil evitarla como eludir el pensamiento mismo. La metáfora fué, y continuará siendo siempre, la alfombra mágica en que se viaja a través de las semejanzas recónditas o manifiestas de las cosas. La fuerza de sugestión se hace más sutil, y de mayor alcance, en la metáfora, porque ella corresponde más fidedignamente a las visiones de conjunto con que trabaja la conciencia en los momentos de la composición. La mente del hombre es algo más que un mecanismo de relojería para producir el razonamiento lógico. La razón pura, sin mezcla de emoción ni de voluntad, no existe. Es un imposible en el mundo de las cosas del espíritu. Tan imposible como esa agua fantástica de los químicos que ellos llaman H<sup>2</sup>O y que no se halla en nuestra tierra.

En otra parte de su bello libro el señor Cancela, repitiendo a los sociólogos, declara: «Incapaz de abstracción, la mente humana en sus primeros pasos, materializa las fuerzas naturales en figura de dioses o de hombres y añade al panteón de sus divinidades una mitología de las profesiones».

Nueva forma de un viejo evhemerismo, que si fué de fértiles consecuencias para combatir supersticiones en otras épocas, está hoy fuera de lugar para una cabal inteligencia de los hechos y de las ideas. Las masas populares no crearon mitos, ni poemas, ni deidades de ninguna clase, como tampoco designan hoy a su Presidente, ni a su Obispo, ni a su Papa, ni una doctrina científica, ni un dogma religioso: simplemente aceptaron las creaciones ajenas, las de quienes eran capaces de crear. Ayer

tanto como hoy. Por igual, fundadores de religiones y legisladores fueron siempre superiores a las masas. Y si hemos de juzgar por las obras que con sus nombres nos quedan—desde Vyasa a Lao Tsé en el lejano Oriente, y desde Solón a Pablo de Tarso, en la cuenca del Mediterráneo—no tenemos la menor justificación para afirmar que fueron hombres incapaces de abstracción. Ellos, que también fueron creadores de metáforas y de mitos.

Quienes crearon poemas, ciencias, artes y religiones siempre fueron hombres superiores a sus contemporáneos. Es de esencia divina el genio de los hombres.

Mas ¿caso no hay en esas *Palabras Socráticas* muchas nobles y bellas cosas que admirar? Se alzan de sus páginas, en bandadas, como aves de surcos recién sembrados.

Cuando recomienda el señor Cancela a los jóvenes remontarse al mundo en que se puede pensar libremente, sin las ataduras de todos los prejuicios que les circundan; cuando les echa en cara su hostilidad por las ideas que se oponen a las que acari-

cian sus almas mozas; cuando alude a la insensata creencia, tan extendida en nuestra juventud, de que la ciencia de ahora es la sentencia en última instancia que se dirá acerca de cada asunto; las palabras consagradas a exaltar la disciplina como fuente de valor y de sabiduría, así como aquellas en que condena la libertad absoluta como una fuerza estéril, o aquellas otras que ensalzan las virtudes que la milicia induce o fomenta, son de una belleza espiritual y de una encantadora sabiduría, digna de los Carmides y Lysis de la platónica hueste que agració la tierra de la filosofía y de la divina esperanza.

Noble mensaje para la juventud de América éste del señor Cancela, si ya no estuviese agobiada de mensajes que no escucha, como si aguardase aún el otro, el gran mensaje que no llegará sino cuando haya cesado finalmente de ser la juventud del día. Pero cuán grande, cuán hermosa y noble sería la América de nuestro amor si alguna exigua parte siquiera de su exquisita flor de juventud oyese, y viviese, las verdaderas *Palabras Socráticas* del señor Cancela.

R. Brenes Mesén

Northwestern University,  
Julio de 1928. Evanston, Ills. U. S. A.

**El pueblo maravilloso,** Don Francisco Contreras viene consagran-

por Francisco Contreras do una asidua

atención crítica en el *Mercurio de Francia* a las Letras hispanoamericanas. El *Mercurio* dedica dos rúbricas o secciones diferentes a la producción literaria escrita en español: Letras españolas, Letras hispanoamericanas. Filológicamente, unas y otras forman una sola literatura; pero el idioma no es toda la literatura, aunque sea lo principal en esta forma de expresión artística y el elemento más diferencial entre las literaturas. Las Letras hispanoamericanas se diferencian más de las Letras españolas que se diferenciaban entre sí y con la de la metrópoli las literaturas provinciales del Imperio romano.

La romanía era más homogénea que la familia de los pueblos hispanos, porque la cultura es ahora incomparablemente más compleja y los pueblos de la América hispana están sometidos a influencias que no tuvieron equivalente en las Galias, en España, o en la Mauritania romanizada. En la mentalidad del Nuevo Mundo español influyen con el libro, con la enseñanza y con la convivencia del emigrante, nortea-

mericanos, franceses, italianos, ingleses, alemanes. El medio físico y político de aquellas sociedades deja también su reflejo en sus literaturas particulares, que todavía no tienen un carácter nacional muy acusado, pero que tienen todas ellas una voz, una fisonomía, un aire continental que no permite considerarlas ya como ramas regionales de la literatura española, más que en un sentido muy general, como escritas en el mismo idioma. La lengua se conserva mejor que el tipo literario.

\*\*\*

No es sólo crítico el Sr. Contreras. Su reciente libro *El pueblo maravilloso* le acredita de novelista. Se publicó primeramente en francés, con el título de *La ville merveilleuse*, y mereció los elogios de la crítica del país vecino. Pero su verdadero sabor lo ofrece el texto castellano. Es un libro atractivo, fino, original en la idea y en la composición. Más que una verdadera novela, es una serie de episodios o cuadros novelescos, cuya acción se desarrolla en el mismo medio y cuyos personajes pasan de uno a otro episodio.

Una novela escrita en una sucesión de

QUIEN HABLA DE LA

## Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.  
**Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.**

### FABRICA:

CERVEZAS  
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS  
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES  
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.  
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

**SAN JOSE — COSTA RICA.**

Poemas en prosa

El hermano ausente

I

Te dormiste y la llave implacable del silencio triple cerró para siempre la noche de tu clausura. Hermano mío...! Si tú no respondes al humano reclamo de mi voz desesperada ¿qué certeza tendré de la inmortalidad?

El amor que nos ligó es el más puro que florece entre los hombres: sin sombra de limitación, sin principio de egoísmo...

Naciste a mi cariño como el sol a la alegría diaria de la tierra. Llegaste a mi vida igual que el acontecimiento, que nace de lo imprevisto.

Nos ligaba el lazo fuerte de la sangre. Niña aún, tuve en mis manos el milagro de tu vida nueva.

Y bajo el asombro de mis ojos se multiplicaron tus días...

Pajarito gorjeante, aún me acuerdo de tu palabra primera! Y del peso delicioso de tu cabeza dormida sobre mi hombro que se hacía maternal para sobrellevarte, como un haz de hojas recién cortadas! Aún me acuerdo de la gracia indecisa de tus pasos breves y detenidos, en el andar con que iniciabas la vía crucis del hombre!

Sabías quererme; con ese querer hondo y puro de los niños, a la mano que les ofrece seguridad y amparo...

Los labios con que te canto se conservan dignos de decir la elegía de tu nombre límpido.

Pero te encierra la triple llave del silencio implacable:

Silencio de hielo: frío aislador.  
Silencio de oro: indiferencia incorruptible.  
Silencio de sombra: ausencia acorazada en el Misterio!

II

Los días se eslabonan encerrándonos en

María Alicia Domínguez

Buenos Aires

cuadros, cada uno de los cuales tiene su propia acción, no es cosa inédita o desconocida. En esta forma están escritas, entre muchas otras obras modernas, las dos últimas novelas de Valle-Inclán: *Tirano Banderas* y *La Corte de los milagros*, y ello no impide que tengan una vigorosa unidad, particularmente *Tirano Banderas*, y formen un cuerpo de novela cada una, y no un agregado de novelas menores. La unidad de una obra narrativa repartida en episodios o cuadros, depende de que estas partes formen un organismo, de que haya un esqueleto o armazón historial, en suma; de la antigua unidad de la acción, en la que hay que distinguir entre el dogmatismo preceptista y el fondo inevitable e irrecusable de realidad.

Tampoco veo la principal originalidad del libro del Sr. Contreras en el intento de dar una sensación de simultaneidad, con su agrupación de cuadros coetáneos. La literatura y la música están ligadas necesariamente al tiempo, a la sucesión, y especialmente, dentro de la primera, las formas narrativas. Mediante artificios de composición, procuran a veces los autores ofrecer la ilusión de un momento numeroso y simultáneo, de una trama rica de incidentes, acciones y particulares que coinciden pero que el narrador no puede sustraer del todo a la exposición sucesiva, aunque la disimule y enriquezca con la combinación hábil de imágenes, en suma, con una equivalencia o analogía de la perspectiva pictórica que simula una dimensión. Es lo que hace el Sr. Contreras, cuyo propósito artístico no se atiene a una fábula individual, sino que aspira a representar un estado social, un momento de costumbres, de sensibilidad, de ideas y de preocupaciones.

\*\*\*

La verdadera novedad de este ameno y delicado libro me parece que consiste en la forma en que asocia o combina la novela y el folklore. Todos sus cuadros tienen un fondo folklórico. De ahí el título *El pueblo maravilloso*, que ha de entenderse en sentido de sinécdoque, como alusión tropológica. No se trata de un pueblo especialmente maravilloso, sino del sentido de lo maravilloso en ese pueblo y de las consejas populares en que se conserva ese legado tradicional. Cada uno de los cuadritos novelescos agrupados en la obra tiene, no por argumento, pues el argumento es de novela real contemporánea, sino por motivo, tema sentimental o *empresa*, un cuento o superstición popular. Podría ponerse a la cabeza de cada episodio, como en las *Empresas*, de Saavedra Fajardo, un dibujo alegórico. La finura y sutileza del novelista se manifiestan muy particularmente en la manera de tratar el tema folklórico. No ofrece una versión narrativa novelada de la conseja popular. La refunde en una fábula moderna, dejándola flotante en el ambiente, con un halo vago de misterio, de creencia, que se resuelve en una coincidencia natural y que es el verdadero estado de la superstición.

Pinta el señor Contreras la vida provincial chilena en una época que ofrece cierta coincidencia, no estrictamente cronológica, sino de pátina, de tono, de costumbres, con la España isabelina o la Francia de Luis

Felipe. Un costumbrismo fresco, jugoso, poblado de tipos expresivos de ágil y equilibrado dibujo, da a estos cuadros novelescos su fondo de época, mas no se limita su valor a lo descriptivo. La emoción poética pone en la estampa de época sus matlces delicados y nobles, y nos seduce con algunas figuras conmovedoras, como la de la pobre niña que, por huir del sátiro incestuoso, se lanza al pozo misterioso, de brocal de plata a la luz de la luna y del ensueño, donde será una nueva imagen melancólica de leyenda ofrecida a la imaginación popular.

E. Gómez de Baquero

(El Sol. Madrid).

Bibliografía titular.

*Una idea, un pueblo y un hombre.* El Salvador en la VI Conferencia Panamericana. San Salvador. 1928. Envío del Dr. Manuel Castro Ramírez.

Manuel Medina Batancort: *Una voz que canta.* Bs. Aires. 1928. Envío del autor.

Hernán G. Peralta: *Don Rafael Iglesias.* Apuntes para su biografía. Tomo I. 1928. San José de Costa Rica. Envío del autor.

Miguel Bakunin: *Dios y el Estado.* Pró-

esa cadena recia que delimita nuestro periodo de acción en la tierra del hombre.

Sólo para ti, ya no existe el Tiempo. Sólo para los muertos ha desaparecido la obsesión de su apresuramiento.

Siempre serás niño, tú, que te dormiste pronto.

Cuando pase la vida, sobre toda la sombra acumulada por su grandeza trágica, me sonreirá la imagen de un niño...

III

En el vacío de nuestra soledad, la primera mañana de tu ausencia se alzó como otro desamparo más. La lividez de aquella luz fría de julio fue una punta de hielo rozándonos los ojos doloridos...

Y hubo que despertar otra vez al espectáculo del mundo convulsionado por las esperanzas, por las luchas, por todo ese río ancho y febril que apresura su marcha hacia el callado término!

Canción de pájaros, rumor de voces, idéntico trajín callejero, igual faena humano!

Y por primera vez, la luz me hirió con violencia y el Alba dejó de parecerme la hora renacida e inocente de la tierra... Y anhelé un sol tamizado a través de muchos velos opacos interpuestos, entre el supremo egoísmo ciego de la vida y la crueldad punzante de nuestro destino humano.

IV

Creo en el sol que nacía para tu alborozo...

Creo en el agua, hermana tuya en la candidez y en la frescura...

Creo en la tierra que te conserva ahora en un fraternal abrazo apretado...

Y creo desesperadamente, locamente, angustiosamente en la posible verdad de nuestro reencuentro futuro!

logo de M. Nettlan. Trad. de D. A. de Santillán. Editorial *La Protesta*. Bs. Aires. 1928. Envío de *La Protesta*.

R. E. Montes y Bradley: *¡Alerta!*... Desde la cuna de la Reforma, ciudad vieja... Córdoba. Rép. Agricultura. Envío del autor.

Miguel Toro Ramírez: *Los escépticos.* Comedia dramática en tres actos. Adaptación de la novela del mismo autor: *La señorita bien.* Caracas. 1928. Envío del autor.

Envío de la Universidad Nacional de Tucumán, Rep. Argentina:

Rodolfo Schreiter: *Monumentos megalíticos y pictográficos en los altivalles de la Provincia de Tucumán.* Tucumán. 1928.—

Manuel Gómez Carrillo: *Música aborígen.* Conferencias y audiciones sobre el tema. Bs. Aires. 1920.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas entregas.

Memento.

*Nosotros.* Buenos Aires. N.º de junio de 1928.—*Pierre Mac. Orlan*, por Manoel Gahisto.—*Valor de Galdós*, por Federico de Onís.—*Mario Pinto: Teatro extranjero: Todo un hombre.*

Revista Ariel

Anatomía Patria, Letras, Ciencias, Miscelaneas

Director: FROYLÁN TURCIUS

Aparece el 1.º y 15 cada mes en cuadernos de 20 páginas.

Tegucigalpa, Honduras - Centro America

# Tablero

= 1928 =

La Habana, 27 de julio, 1928.

Sr. D. Joaquín García Monge,

San José de Costa Rica.

Mi querido García Monge:

Acabo de leer en el Repertorio—que me sigue visitando con esa puntualidad que es parte de su ejemplaridad—la nota que Ud. dedica, en Tablero, a señalar el primer volumen de los Mensajes de nuestra Institución Hispano Cubana de Cultura.

Y así como su lectura le movió a Ud. a publicar el fragmento de una carta en que don Federico de Onís le anuncia la fundación de la Institución Cultural Española de Puerto Rico, apuntando a la posibilidad de «que Costa Rica entrase en la combinación de culturales de este hemisferio norte», su nota y lo de Onís me incitan a mí a decirle que también nuestra Institución está deseosa de acoger en su tribuna a los intelectuales de nuestra América que puedan venir a La Habana.

Hace algún tiempo se me comisionó para divulgar esto por medio de su—de nuestro—Repertorio. Desde luego, la economía de la Institución está tan tierna aún que no permite grandes dispendios. A los conferencistas extranjeros se les retribuye con \$ 150.00 por conferencia, pero como la Institución no podría correr con los gastos de un traslado expreso a La Habana se tiene que limitar, por ahora, a ofrecerles sólo esa modesta retribución a aquellos intelectuales que ya tengan proyectado por su cuenta el pasar por Cuba.

Muchos son los que, en tránsito hacia Europa o hacia los Estados Unidos, tocan en La Habana. A estos, principalmente, va dirigida la invitación de nuestra Cultural. Anima a ésta actualmente un vivísimo interés por alternar cuanto sea posible las dispensaciones americanas con las españolas. Se espera que para la próxima temporada de conferencias nos visiten Eugenio d'Ors, Pérez de Ayala y, tal vez, Ortega y Gasset. ¡Qué bien si pudieran lograrse turnos a cargo de hombres como Antonio Caso, Gabriela,—que también es un gran hombre en este sentido—Vasconcelos y tales!

Haga Ud. lo que pueda, querido García Monge, porque cunda esta invitación nuestra, y se lo agradecerá mucho su amigo devotísimo

Jorge Mañach

Estos buenos libros que tenemos para la venta:

Víctor Masriera: <i>Manual de pedagogía del Dibujo</i> . Segunda edición renovada. Madrid. 1 vol. pasta.....	¢ 5.75
Ernst Kretschmer: <i>La histeria</i> . Madrid.....	3.50
E. Zamiatin: <i>De cómo se curó el doncel Erasmo</i> .....	2.25
Luis Bello: <i>Viaje por las Escuelas de España</i> . Extremadura. Madrid. 1927.....	3.50
J. Alvarez del Vayo: <i>La senda roja</i> . Madrid. 1928.....	3.50
Conde de Keyserling: <i>Diario de viaje de un filósofo</i> . Tomo I.....	9.00
José Ortega y Gasset: <i>Tríptico. I. Mirabeau o El Político</i> .....	2.25
Hegel: <i>Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal</i> . Tomo II. Madrid. 1928.....	9.25
Luis Araquistáin: <i>La agonía antillana</i> . Madrid. 1928.....	3.50
Julio Camba: <i>Sobre casi todo y Sobre casi nada</i> . Madrid. c/u.....	3.50
José M. <sup>a</sup> Salaverría: <i>El muñeco de trapo</i> . Madrid.....	3.50
Jorge Simmel: <i>Sociología</i> . Cuadernos IV, V y VI. Madrid. 1927. Los tres.....	9.00
Emilio H. del Villar. <i>El Greco en España</i> . Madrid. 1928.....	7.00
Félix Urabayen: <i>Por los senderos del mundo creyente</i> . Madrid.....	3.50
Alicia Lardé de Venturino: <i>Belleza salvaje</i> . Madrid.....	2.25
P. Henríquez Ureña y Narciso Binayán: <i>El libro del Idioma y la Guía</i> . Buenos Aires.....	5.00
Teresa de la Parra: <i>Ifigenia</i> . París. 1928.....	6.00
José Vasconcelos: <i>Indología</i> . París.....	5.50
Alfonso Reyes: <i>Simpatías y Diferencias</i> . Series I, II, III y IV. Las cuatro.....	14.00
Pedro Kropotkin: <i>Ética</i> . Origen y evolución de la moral. Buenos Aires. 1925.....	5.00

**Fragmento.**—Aquí están las escuelas nuevas, en el mejor sanatorio del lugar, a espaldas del caserío, que va agrandándose hacia la cañada. Son muy sencillas. Un alarde de sencillez. Y perfectas; intachables, tal como deben ser las clases de un municipio cada vez más próspero. El tipo de arquitectura rigurosamente escueta, para servir el fin a que se destina. Por adorno, las proporciones. Y luego, los árboles que van creciendo en el jardín. El esmero, dentro.—Cita de Luis Bello.

Puede anunciar que el 22 de Setiembre se inaugurará en el Teatro Cervantes de Buenos Aires la Primera Exposición Nacional del Libro. Se exhibirán obras literarias, científicas y artísticas. Darán conferencias Lugones, Rojas y Cancela.—G

Formarán la Junta Ejecutiva de la Exposición, entre otros: Enrique Larreta, Arturo Cancela, Arturo Capdevila, por los escritores; L. J. Rizo, Manuel Gleizer, por los editores e impresores.

**Patria**, se llama el diario de la tarde que en San Salvador viene publicando desde hace unos tres meses nuestro querido y grande Alberto Masferrer. Diario de los buenos: promueve ideas, cultiva ideales. Publica unas excelentes notas editoriales redactadas por Masferrer. Iremos transcribiendo algunas de ellas en este semanario.

## María Ester Amador...

(Viene de la Página 104).

pagana, a aquel sentido de la perfección, eterno en lo mudable, como el reflejo de una estrella en el oleaje tumultuoso del mar!

CARLOS LUIS SÁENZ

Heredia, 1928.

## Se nos fué Clara Diana...

Desde hacía mucho tiempo, la poetisa sufría, sufría intensamente... ¡Cómo luchaba con la muerte! Cuando la creíamos próxima a ser vencida, su espíritu grande y optimista, realizaba un esfuerzo supremo, se sobreponía y nuevos bríos le daban

**Referencias.**—Nace siendo eminentemente popular la novela picaresca al darnos el anónimo autor del *Lazarillo de Tormes*, que era un prodigioso creador de caracteres, el modelo más antiguo, más perfecto y más sobrio de ese género nacionalísimo.—Cita de José María Chacón y Calvo.

Esos historiadores, en quienes puede buscarse no sólo conocimientos, sino también deleite hondo y auténtico, no son tantos como pudiera creerse. Herodoto, padre, esto es, creador de la historia, y Tucídides han sido ya nombrados. También *La retirada de los diez mil* de Jenofonte es uno de esos libros inmediatos. Los *Comentarios* de César constituyen la obra maestra de un gran espíritu.—Cita de Hegel.

**Nos place** recoger en esta entrega dos meditaciones de Amanda Labarca, la eximia escritora y educadora de Chile. Nos ha prometido otras; será en adelante una colaboradora más en este semanario, que es de Chile y es de América toda. Estamos, pues, de plácemes. La voz de Amanda Labarca es de las que construyen para el Espíritu en estas patrias desunidas y extraviadas. Hay que oírla.—

## Nosotros

*Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales*

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUST

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior.....» 8.00 dólares

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

## Revista Bimestre Cubana

*Publicación Enciclopédica*

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA 25.

vida... Pero aquel mal inexorable lograba avanzar y Clara Diana languidecía, su existencia se escapaba por momentos y llegó a convertirse en un martirio sin fin. Quizá por esto, sus versos y sus prosas, eran cada vez más sentidos, más bellos, más conmovedores!

Se nos fue Clara Diana, la idealista la artista dilecta, la amiga sincera, pero su espíritu vivirá siempre en las páginas exquisitas que escribió, y en el alma de todos los que supimos comprender su grandeza.

LILIA RAMOS



# LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias  
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

## Días de ocio en el país del Yann

y 4.—Véanse las entregas 1, 2 y 6 del tomo en curso.

Cantó muchas canciones, contando al espacioso y exótico Yann los pequeños cuentos y nonadas de su ciudad de Durl. Las canciones fluían sobre la oscura selva y ascendían por el claro aire frío, y los grandes bandos de estrellas que miraban sobre el Yann empezaron a saber de las cosas de Durl y de Duz, y de los pastores que vivían en aquellos campos, y de los rebaños que guardaban, y de los amores que habían amado, y de todas las pequeñas cosas que esperaban hacer. Yo, acostado, envuelto en pieles y mantas, escuchaba aquellas canciones, y contemplando las formas fantásticas de los grandes árboles que parecían negros gigantes que acechaban en la noche, me quedé dormido.

Cuando desperté, grandes nieblas salían arrastrándose del Yann. El caudal del río fluía ahora tumultuoso, y aparecieron pequeñas olas, porque el Yann había husmeado a lo lejos las antiguas crestas de Glorm y sabía que sus torrentes estaban frescos delante de él, allí donde había de encontrar el alegre Irillión gozándose en los campos de nieve. Sacudió el letárgico sueño que le invadiera entre la selva cálida y olorosa, y olvidó sus orquídeas y sus mariposas, y se precipitó expectante, turbulento, fuerte; y pronto los nevados picos de los montes de Glorm aparecieron resplandecientes. Ya los marineros despertaban de su sueño. En seguida comimos y se echó a dormir el timonel mientras le reemplazaba un compañero, y todos extendieron sobre aquél sus mejores pieles.

A poco oímos el son del Irillión, que bajaba danzando de los nevados campos.

Y después vimos el torrente de los montes de Glorm, empinado y brillante ante nosotros, y hacia él fuimos llevados por los saltos del Yann. Entonces dejamos la vaporosa selva y respiramos el aire de la montaña; irguiéronse los marineros y tomaron de él grandes bocanadas, y pensaron en sus remotos montes de Acroctia, en que estaban Durl y Duz. Más abajo, en la llanura, está la hermosa Belzoond.

Una gran sombra cobijábase entre los acantilados de Glorm, pero las crestas brillaban sobre nosotros lo mismo que nudosas lunas y casi encendían la penumbra. Cada vez se oía más clamoroso el canto del Irillión, y el rumor de su danza descendía de los campos de nieve, que pronto vimos blanca, llena de nieblas y enguirnaldada de finos y tenues arco-iris, que se había prendido en las cimas de la montaña de algún jardín celestial del sol. Entonces corrió hacia el mar con el ancho Yann gris, y el valle se ensanchó y se abrió al mundo, y nuestro barco fluctuante salió a la luz del día.

Pasamos toda la mañana y toda la tarde entre las marismas de Pondoover; el Yann se derramaba en ellas y fluía solemne y pausado, y el capitán mandó a los marineros que tañeran las campanas para dominar el espanto de las marismas.

Por fin dejáronse ver las montañas de Irusia, que alimentan los pueblos de Pen-Kai y Blut, y las calles

tortuosas de Mlo, donde los sacerdotes sacrifican a los aludes vino y maíz. Descendió luego la noche sobre los llanos de Tlun, y vimos las luces de Cappadarnia. Oímos a los Pathnitas batir sus tambores cuando pasamos el Imaut y Golzunda; luego todos durmieron, menos el timonel. Y los pueblos esparcidos por las riberas del Yann oyeron toda aquella noche en la lengua desconocida del timonel cancioncillas de ciudades que ignoraban.

Me desperté al alba con la sensación de que era infeliz, antes de recordar por qué. Entonces recapacité en que al atardecer del día incipiente, según todas las probabilidades, debíamos llegar a Bar-Wul-Yann, donde había de separarme del capitán y de sus marineros. Habíame agradado el hombre, porque me obsequiaba con el vino amarillo que tenía apartado entre sus cosas sagradas y porque me contaba muchas historias de su hermosa Belzoond, entre los montes de Acroctia y el Hiam Min. Y habíanme gustado las costumbres de los marineros y las plegarias que rezaban el uno al lado del otro al caer la tarde, sin tratar de arrebatarse los dioses ajenos. También me deleitaba la ternura con que hablaban a menudo de Durl y de Duz, porque es bueno que los hombres amen sus ciudades nativas y los pequeños montes en que se asientan aquellas ciudades.

Y había llegado hasta saber a quién encontrarían cuando tornaran a sus hogares, y dónde pensaban que tuvieran lugar los encuentros, unos en el valle de los montes acroctianos, adonde sale el camino del Yann; otros en la puerta de una u otra de las tres ciudades, y otros junto al fuego de su casa. Y pensé en el peligro que a todos nos había por igual amenazado en las afueras de Perdonaris, peligro que, por lo que ocurrió después, fué muy real.

Y pensé también en la animosa canción del timonel en la fría y solitaria noche, y en cómo había tenido nuestras vidas en sus manos cuidadosas. Y cuando así pensaba, cesó de cantar el timonel, alcé los ojos y vi una pálida luz que había aparecido en el cielo; y la noche solitaria había transcurrido, ensanchábase el alba y los marineros despertaban.

Pronto vimos la marea del mar que avanzaba resuelta entre las márgenes del Yann, y el Yann saltó flexible hacia él y ambos lucharon un rato; luego el Yann y todo lo que era suyo fué empujado hacia el Norte; así que los marineros tuvieron que izar las velas, y gracias al viento favorable, pudimos seguir navegando.

Pasamos por Góndara, Narl y Haz. Vimos la memorable y santa Golnuz y oímos la plegaria de los peregrinos.

Cuando despertamos, después del reposo de mediodía, nos acercábamos a Nen, la última de las ciudades del Yann. Otra vez nos rodeaba la selva, así como a Nen; pero la gran cordillera de Mloon dominaba todas las cosas y contemplaba a la ciudad desde fuera.

Anclamos, y el capitán y yo penetramos en la ciudad, y allí supimos que los Vagabundos habían entrado en Nen.

Los Vagabundos eran una extraña, enigmática tribu, que una vez cada siete años bajaban de las cumbres de Mloon, cruzando la cordillera por un puerto que sólo ellos conocen, de una tierra fantástica que está del otro lado. Las gentes de Nen habían salido todas de sus casas, y estaban maravilladas en sus propias calles, porque los Vagabundos, hombres y mujeres, se apiñaban por todas partes y todos hacían alguna cosa rara. Unos bailaban pasmosas danzas que habían aprendido del viento del desierto, arqueándose y girando tan vertiginosamente, que la vista ya no podía seguirlos. Otros tañían en instrumentos bellos y plañideros sonos llenos de horror que les había enseñado su alma, perdidos

por la noche en el desierto, ese extraño y remoto desierto de donde venían los Vagabundos.

Ninguno de sus instrumentos era conocido en Nen, ni en parte alguna de la región del Yann; ni los cuernos de que algunos estaban hechos eran de animales que alguien hubiera visto a lo largo del río, porque tenían barbadas las puntas. Y cantaron en un lenguaje ignorado cantos que parecían afines a los misterios de la noche y al miedo sin razón que inspiran los lugares oscuros.

Todos los perros de Nen recelaban de ellos agriamente. Y los Vagabundos contábanse entre sí cuentos espantosos, pues, aunque ninguno de Nen entendía su lenguaje, podían ver el terror en las caras de los oyentes, y cuando el cuento acababa, el blanco de sus ojos mostraba un vívido terror, como los ojos de la avecilla en que hace presa el halcón. Luego el narrador sonreía y se detenía, y otro contaba su historia, y los labios del narrador del primer cuento temblaban de espanto. Si acertaba a aparecer alguna feroz serpiente, los Vagabundos recibíanla como a un hermano, y la serpiente parecía darles su bienvenida antes de desaparecer. Una vez, la más feroz y letal de las serpientes del trópico, la gigante *lythra*, salió de la selva y entróse por la calle, la calle principal de Nen, y ninguno de los Vagabundos se apartó; por el contrario, empezaron a batir ruidosamente los tambores, como si se tratara de una persona muy honorable; y la serpiente pasó por en medio de ellos, sin morder a ninguno.

Hasta los niños de los Vagabundos hacían cosas extrañas, pues cuando alguno se encontraba con un niño de Nen, ambos se contemplaban en silencio con grandes ojos serios; entonces, el niño de los Vagabundos sacaba tranquilamente de su turbante un pez vivo o una culebra; y los niños de Nen no hacían nada de esto.

Anhelaba quedarme para escuchar el himno con que reciben a la noche y que contestan los lobos de las alturas de Mloon, mas ya era tiempo de levar el ancla para que el capitán pudiera volver de Bar-Wul-Yann a favor de la pleamar. Tornamos a bordo y seguimos aguas abajo del Yann. El capitán y yo hablábamos muy poco, porque ambos pensábamos en nuestra separación, que habría de ser para largo tiempo, y nos pusimos a contemplar el esplendor del sol occiduo. Porque el sol era un oro rojizo; mas una tenue y baja bruma envolvía la selva, y en ella vertían su humo las pequeñas ciudades de la selva, y el humo se fundía en la bruma, y todo se juntaba en una niebla de color púrpura que encendía el sol, como son santificados los pensamientos de los hombres por alguna cosa grande y sagrada. A veces la columna de humo de algún hogar aislado levantábase más alta que los humos de la ciudad y fulguraba señera al sol.

Y ya los últimos rayos del sol llegaban casi horizontales, cuando apareció el paraje que yo había venido a ver, porque de dos montañas que alzábanse en una y otra ribera avanzaban sobre el río dos riscos de rojo mármol que flameaban a la luz del sol raso; eran bruñidos y altos como una montaña, casi se juntaban, y el Yann pasaba entre ellos estrechándose y encontraba el mar.

Era Bar-Wul-Yan, la Puerta del Yann, y a distancia, por la brecha de esta barrera, divisé el azul indescribible del mar, donde relampagueaban pequeñas barcas de pesca.

Y el sol se puso, y vino el breve crepúsculo, y la apoteosis gloriosa de Bar-Wul-Yann se desvaneció; pero aún llameaban las rojas moles, el más bello mármol

que han visto los ojos, y esto en un país de maravillas. Pronto el crepúsculo dió campo a las estrellas, y los colores de Bar-Wul-Yann fueron desvaneciéndose. La vista de aquellos riscos fué para mí como la cuerda musical que, desprendida del violín por la mano del genio, lleva al cielo o a las hadas los espíritus trémulos de los hombres.

Entonces anclaron a la orilla y no siguieron adelante, porque eran marineros del río, no del mar, y conocían el Yann, pero no el oleaje de fuera.

Y el momento llegó en que debíamos separarnos, el capitán y yo; él para volver a su hermosa Belzoond, frente a los picos distantes de Hian Min; yo a buscar por extraños medios mi camino de retorno a los campos brumosos que conocen todos los poetas, donde se alzan las casitas misteriosas por cuyas ventanas, mirando a Occidente, podéis ver los campos de los hombres, y mirando hacia Oriente, fulgurantes montañas de fantasmas, encapotadas de nieve, que marchan de cadena en cadena a internarse en la región del Mito, y más allá, al reino de la fantasía, que pertenece a las Tierras del Ensueño. Nos miramos largamente uno a otro, sabiendo que no habíamos de encontrarnos jamás, porque mi fantasía va decayendo al paso de los años y entro cada vez más raramente en las Tierras del Ensueño. Nos estrechamos las manos, muy poco ceremoniosamente de su parte, porque tal no es el modo de saludarse en su país, y encomendó mi alma a sus dioses, a sus pequeños dioses menores, a los humildes, a los dioses que protegen a Belzoond.

### Lord Dunsany

(Cuentos de un soñador. Madrid).

